RAMVNCHO



COMEDIA:
EN 3 ACTOS
ORIGINAL DE
PIERRE LOTI
ADAPTADA AL
CASTELLANO
POR RODRIGO
FIGUEROA Y
TORRES
EDITORIAL
PVEYO
ARENAL 6

RAMUNCHO

PIERRE LOTI

RAMUNCHO

COMEDIA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN SEIS CUADROS, ORIGINAL DE PIERRE LOTI, ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR RODRIGO FIGUEROA Y TORRES

Estrenada con gran éxito en el Teatro de la PRINCESA el 27 de Enero de 1919.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1919

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Superiora..........	Sra. Guerrero.
Franchita.............	„ Torres.
Marichu...............	Srta. L. de Guevara.
Dolores...............	Sra. Salvador.
Justina...............	Srta. Alonso.
Ana María............	Sra. Millanes.
Pilar.................	Srta. Intilini.
La hermana Valentina..	„ Andriani.
Una monja............	Sra. Bofill.
Ramuncho	Sr. Díaz de Mendoza y Guerrero (C.)
Ichua.................	„ Santiago.
Arrocoa..............	„ Vargas.
El cura...............	„ Yuste.
Florentino...........	„ Capilla.
El médico............	„ Santander.
Uno de Lasarte........	„ Corona.
Otro de Lasarte.......	„ Ortega.

Hombres y mujeres del pueblo.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala modesta en planta baja de la casa de Ramuncho, en el pueblo de Lasarte. Chimenea en el ángulo de la lateral derecha. Mesa en el centro con mantel, platos, cubiertos y una jarra de sidra. Puerta al foro, que al abrirse dejará ver la calle y parte del campo. Una ventana. Puerta lateral derecha, que se supone conduce á las habitaciones interiores. Muebles adecuados. Los demás detalles, á gusto de la dirección escénica. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FRANCHITA y RAMUNCHO.

Al levantarse el telón, Ramuncho hace entrada por la puerta del foro.

RAMUNCHO.—¿Está la cena, madre?

FRANCHITA.—(*Indicando la mesa puesta.*) Más á punto... ni que te hubiese sentido venir.

RAMUNCHO.—*(Sentándose ante la mesa.)* Es-

toy rendido. Me caigo de sueño, y como antes que claree el día tengo que levantarme...

Franchita.—*(Contrariada.)* ¿También esta noche?

Ramuncho.—¿Qué quiere usted? Ya he dado mi palabra... (*Se sirve y come.*)

Franchita.—¡Tu palabra!... ¡Cuando quizá esta misma semana tengas que marcharte al servicio militar; cuando vas á dejarme por tres años, sigues en tus aventuras, sin pensar que ahora es cuando más necesito tenerte á mi lado.., que un minuto que me robas es para mí un siglo... *(Transición.)* ¿Qué es lo que vais á pasar esta noche?

Ramuncho.—Sedas, terciopelos...

Franchita.—¿Y quiénes vais?

Ramuncho.—Los de siempre. Ichua, Arrocoa, Florentino y los hermanos Iragola. Al ir para Francia llevamos tabaco, y, como siempre, el alijo se hace por cuenta de Ichua.

ESCENA II

Dichos. Por el foro, el CURA, con manteo y sombrero de teja.

Cura.—*(Desde la puerta.)* La gracia de Dios sea con vosotros.

Franchita.—Adelante, adelante, señor cura...; pase usted, que no está el tiempo para hacer antesalas.

RAMUNCHO.—(*Que se ha levantado.*) Y menos, si la antesala es como aquí, la calle.

CURA.—(*Entrando.*) ¿Pero qué es eso? A sentarse en seguida, y tú, Ramuncho, sigue cenando, ¡no faltaba más!

RAMUNCHO.—Entonces, con su permiso... (*Se sienta y come.*)

FRANCHITA.—Está el pobre que no puede tenerse en pie. Mucho me temo que la vida que hace resienta su salud, que hasta ahora, á Dios gracias le rebosa.

CURA.—No hay que pensar en eso, mi buena Franchita. Dios no olvida á los buenos. (*Se sienta junto á Franchita.*) Vengo de ver al viejo Olazábal. ¡El pobre está tan delicado!... Al pasar por aquí me acordé de que tenías interés en hablarme...

FRANCHITA.—(*En voz baja.*) Mucho, señor cura. ¡Tengo tantas cosas que decirle!... En cuanto Ramuncho se acueste, si usted puede disponer de unos minutos para oirme...

CURA.—Antes de salir de casa hice mi colación; así es que por ese lado, que es un lado de los más importantes... (*Ramuncho, vencido por el sueño, se ha dormido con la cabeza apoyada en los brazos, y ronca ligeramente.*) ¡Pero calla!... parece que se duerme...

FRANCHITA.—(*Levantándose y yendo hacia Ramuncho.*) Que se ha dormido, dirá usted. (*Moviéndole.*) ¡Eh... Ramuncho!... (*Ramuncho des-*

pierta sobresaltado.) ¿No te da vergüenza, delante del señor cura?...

RAMUNCHO.—Usted dispense, padre... pero es que... como anoche apenas pegué los ojos...

CURA.—Sí, hombre, sí; el sueño no gusta de cumplimientos.

FRANCHITA.—Anda, anda, vé á echarte un rato. Luego te llevas el resto de la cena, y por el camino...

RAMUNCHO.—Sí, es mejor... Buenas noches, señor cura.

CURA.—Adiós, hijo; que descanses. *(Vase Ramuncho por la derecha.)*

ESCENA III

FRANCHITA y el SEÑOR CURA.

FRANCHITA.—*(Que ha acompañado hasta la puerta á Ramuncho, cuando éste hace mutis, vuelve cerca del cura.)* Anoche vino, ya entrado el día, porque estuvo pasando unos caballos, y, en vez de descansar, se fué á la plaza á bailar, después al partido de pelota, y ahora, dentro de poco, se levantará para volver á la frontera á pasar unos fardos de seda y terciopelos. Diga usted si no tengo razón para quejarme de la vida que hace. Crea usted, señor cura, que si mi boca fuese capaz de albergar maldiciones, todas me pare-

cerían pocas para ese Ichua, que me le arrancó del taller de carpintero donde estaba colocado, empujándole á esa vida de aventuras, que no puede traer nada bueno. ¡Quién me lo iba á decir! ¡Mi Ramuncho contrabandista!...

CURA.—Entre nosotros los vascos, hija mía, el contrabando no es cosa que deba avergonzar. Está en la sangre de nuestra vieja raza. Y es un pecado que Dios perdona más fácilmente que la Dirección de Aduanas.

FRANCHITA.—No es que yo quiera hablar mal del contrabando. Fué el oficio de mi padre. Pero estas noches de inquietud...

CURA.—Lo mismo puedo decir yo. Mi padre tuvo igual oficio, y, seguramente, no habrá necesitado de mis plegarias para entrar en el cielo, porque fué un modelo de hombres honrados y respetuoso con las leyes. Contrabandista, pero respetuoso con la ley.

Por la puerta y ventana del foro se ven brillar algunos relámpagos, y se escucha el ruido de una tormenta lejana.

FRANCHITA.—Mala noche se prepara, padre. Y yo que necesitaba retenerle algunos momentos...

CURA.—No te preocupes: mi casa no está lejos. Aparte de que, en previsión de un aguacero, me puse, al salir, esta sotana, que yo llamo "el impermeable". ¡Los chaparrones que han caído sobre ella!... bueno; sobre ella y sobre mí. Así

es que los dos estamos acostumbrados. Habla, pues, lo que quieras, y no te preocupes de la lluvia. Como si lo viera: me vas á hablar de Ichua y de Ramuncho.

FRANCHITA.—No, padre. Eso me importó hasta ayer. Hoy ya no me interesa tanto. Mi Ramuncho marchará, como usted sabe, dentro de pocos días, al servicio militar, é Ichua se acabará para siempre en esta casa.

CURA.—¡Pobre Ichua! Le juzgas con demasiada severidad, y no tienes en cuenta que profesa gran cariño á tu hijo. Solamente por eso, es merecedor de que le perdones las aventuras en que ha metido á Ramuncho. Además, Ichua se hace querer por su carácter alegre, decidor y chirigotero. A mí, más que vasco, me parece andaluz. ¿De modo que no es de ellos de quien quieres hablarme?

FRANCHITA.—*(Con timidez.)* No.

CURA.—¿Acaso de ti?

FRANCHITA.—De mí... y de Dolores Decharry.

CURA.—¿Qué? ¿Se opone á que tu Ramuncho corteje á su hija?

FRANCHITA.—Lo tolera, pero lo desaprueba, y temo que al ausentarse mi hijo... ¡qué sé yo!... Ya sabe usted, señor cura, que Ramuncho está loco por ella, que ella también le adora... y si sucediera algo... algo que hiriese en el corazón á mi pobre hijo...

CURA.—Vamos, vamos, no pienses en esas locuras.

FRANCHITA.—Es que, de suceder, la culpa sería mía, y sólo mía.

CURA.—¿Cómo?

FRANCHITA.—Sí, padre, sí. Dolores no odia á Ramuncho por él mismo. Le odia por ser hijo mío... (*Avergonzada.*) Mío... y de quien usted sabe. (*Solloza.*)

CURA.—¡Siempre lo mismo! Estás equivocada, Franchita. Tu culpa la has redimido con quince años de vida ejemplar. Dios, seguramente, te ha perdonado. Olvida eso como lo hemos olvidado todos.

FRANCHITA.—Dolores, no.

CURA.—Te repito que no te atormentes. Hasta ahora no hay motivo para ello. Cierto que Dolores tiene un carácter algo duro, pero es una mujer muy religiosa, y llegado el momento yo interpondría mi influencia para que los chicos fuesen felices.

FRANCHITA.—Dios se lo pague á usted, señor cura, y Dios haga también que se cumplan sus deseos.

CURA.—¡Siempre la duda!

FRANCHITA.—Comprenda usted mi situación. Cuando yo abandoné el pueblo para seguir á ese hombre que no era de mi clase, para vivir en el lujo con que me alucinó...

CURA.—Repito que no me hables más de eso. Te lo mando.

FRANCHITA.—Es que muchas noches... casi todas... una idea fija me atormenta y no me deja dormir... ¿Por qué—me pregunto—no he dejado á Ramuncho con su padre allá en la gran ciudad, donde nada le faltaría, donde sería feliz?... ¿No es un pecado este amor de madre que le ha arrastrado conmigo para hacerle pobre, ignorante, obligado á rudos oficios que le den el pan...?

CURA.—(*Levantándose.*) Si es esa toda tu inquietud, puedes estar tranquila. Deja á tu querido Ramuncho ser pobre, ignorante y hasta contrabandista. Estoy seguro que será más dichoso con la fe que le hemos inculcado y que no ha de perder cerca de nosotros, que con todas las riquezas del mundo. La fe en las promesas de nuestra santa religión cristiana, esa es la riqueza más envidiable. Y me voy, que la tormenta está encima, y tengo la obligación de conservar este mísero despojo terrestre para realizar el poco bien que aún sea capaz de hacer. Mañana volveré, hablaremos más despacio, y seguramente lograré que la tranquilidad vuelva á tu espíritu.

FRANCHITA.—Lleve usted mi paraguas, señor cura.

CURA.—No te preocupes. (*Por la sotana.*) Ya te he dicho que es impermeable.

Vuelven los relámpagos y se oye el ruido del aguacero.

FRANCHITA.—Mire usted que es mucha el agua que cae.

Cura.—Bueno, le llevaré; más que por nada, para no mojarme. (*Toma el paraguas que le ofrece Franchita, se recoge la sotana y dice:*) Y ahora á descansar sin mortificaciones inútiles. (*Ya en el dintel, abriendo el paraguas.*) ¡Vaya una nochecita! ¡Y qué gotas tan gordas! Me ha caído una en la teja que me la ha ladeado! Ea, hasta mañana.

Franchita.—Adiós, señor cura.

Vase el cura por el foro.

ESCENA IV

FRANCHITA, poco después ICHUA por el foro, y después RAMUNCHO por la derecha.

Al hacer mutis el cura, Franchita cierra la puerta, vuelve á escena, recoge y quita el mantel, envuelve en una servilleta el resto de la cena, quita los platos de la mesa, toma la luz y se dispone á hacer mutis por la derecha. En el momento de ir á entrar se escucha fuera, muy próximo, un silbido agudo y prolongado.

Franchita.—(*Con suma contrariedad y extrañeza.*) ¿Ya?... ¡Si apenas le han dejado coger el sueño!... (*Vuelve á oirse otro silbido. Franchita va al foro y abre. Aparece Ichua.*) Pase usted, Ichua, pase usted. (*Ichua no pasa.*) No esperaba que viniese usted tan pronto. Ramuncho me indicó que saldrían más tarde...

ICHUA.— (*Desde la puerta.*) Ha habido necesidad de adelantar la hora. Ya sabe usted lo que ocurre con las tormentas, cuando, como ésta, son pasajeras: que luego sale la apreciable luna y nos estropea el negocio. Hay que aprovechar.

FRANCHITA.—¿Pero qué hace usted en la puerta, hombre de Dios? Pase y cierre.

ICHUA.—¿Pasar?

FRANCHITA.—Pasar y cerrar; me parece que se lo he dicho bien claro.

ICHUA.—Pasar, pasaré; pero cerrar...

FRANCHITA.—¿Me tiene usted miedo?

ICHUA.—(*Con naturalidad.*) Sí. (*Entra.*)

FRANCHITA.—*(Riendo.)* ¿Tan terrible soy?

ICHUA.—A mí, por lo menos, me corta usted la respiración. *(Franchita se ríe.)* Ríase usted; pero prefiero entendérmelas con un carabinero á entendérmelas con usted; porque, ¡claro!, á un carabinero le trata uno como lo que es...: un carabinero; pero usted me echa el alto y tengo que pararme. *(Pausa.)* Usted no me quiere bien, Franchita, y está usted equivocada. Cree usted que yo he metido á Ramuncho en este negocio, y no es así. El chico se ha metido solito. Lo lleva en la sangre. ¡Ah!, y será un contrabandista brillantísimo; lo que se dice una eminencia de la defraudación. Tiene todas las condiciones necesarias: aplomo, piernas, sangre fría en los momentos de peligro, y luego no conoce la fatiga; ¡bravo muchacho!

Franchita.—¿Usted le quiere mucho?

Ichua.—¿Que si le quiero...? Yo no sé cómo se querrá á un hijo; porque uno que tuve ya sabe usted lo que resultó.

Franchita.—No recuerdo.

Ichua.—Pues resultó que no era mío. Equivocaciones que padecemos los hombres...; pero como yo tenía pensamiento de quererle, y todavía más, así quiero á Ramuncho. Lástima que no se hubiera usted equivocado también y fuese mío.

Franchita.—*(Riendo.)* Más le domina usted que si fuera su padre de verdad. *(Llamando desde la puerta de la derecha.)* ¡Ramuncho!... ¡Ramuncho!... que está aquí Ichua; date prisa.

Ichua.—¿Usted sabe qué santo es hoy?

Franchita.—¿Por qué lo pregunta?

Ichua.—Para agradecerle el milagro de que esté usted amable conmigo.

Franchita.—Pues lo ha adivinado. A un santo se lo debe usted. Ahora que ese santo no figura todavía en el santoral.

Ichua.—Será nuevo.

Franchita.—Viejo y muy viejo. Se trata del señor cura.

Ichua.—Buena persona. ¡Lo que se dice un bendito! Y ahora que hablamos de él: ¡si viera usted las ganas que tengo de meter un contrabando de sotanas, para regalárselas todas! Hace dos excursiones le traje un bonete de seda, ¡cosa

rica! Bueno; pues usted no sabe el trabajo que me costó que lo tomara; y hasta me regañó, diciéndome que no consentía que por él me expusiese á ninguna clase de peligros; y cuidado que yo le dije: mire usted, padre, que para mí un bonete es pan comido...; en fin, que á duras penas pude conseguir que se lo encasquetara.

RAMUNCHO.—*(Saliendo.)* Ya escuché la señal. Por mí, cuando usted quiera.

ICHUA.—Pues andando, que hay que ganar horas.

FRANCHITA.—*(Entregando á Ramuncho la servilleta anudada, con el resto de la cena.)* Toma, hijo mío; para que acabes tu cena. Mal tiempo van ustedes á llevar. ¡Qué noche tan obscura!

RAMUNCHO.—¡Bah!, no se preocupe usted, madre. Cuando la montaña está negra, la montaña es nuestra. Para nosotros, la sombra es la mejor aliada.

ICHUA.—Hasta que nos cojan y nos pongan á la sombra.

RAMUNCHO.—*(Abrazando á su madre y dándola un beso.)* Adiós, madre. Hasta luego.

FRANCHITA.—Adiós, hijo.

ICHUA.—Y que conste que en el próximo viaje le traigo al señor cura diez bonetes y veinte ó treinta tejas, para que nunca le falte con qué cubrirse.

RAMUNCHO.—Andando.

Desaparecen los dos hombres en la obscuridad de la noche. Gran ruido de viento y lluvia. Franchita queda tristemente apoyada en el cerco de la puerta, mirando hacia el sitio por donde se han marchado.

TELÓN

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO II

Plaza en el pueblo de Lasarte. A la derecha, soportales, y en ellos establecida una sidrería, con mesas y bancos de madera fuera del edificio. A la izquierda, bocacalle. En el foro, la fachada practicable de una antigua iglesia con escalones de piedra á la entrada. Algunos árboles distribuídos en la plaza. Adosado á uno de ellos, en primer término, un banco rústico. Es de día. Al empezar la acción, y mientras dura el primer diálogo, van saliendo de la iglesia hombres y mujeres con los trajes típicos del país vasco, que cruzan la escena y se van por la bocacalle indicada.

ESCENA PRIMERA

RAMUNCHO, ICHUA, ARROCOA y FLORENTINO están sentados ante las mesas de la puerta de la sidrería y beben.

ICHUA.—Anda tú, Arrocoa; parece que hoy le pones reparos á la sidra.

ARROCOA.—Eso nunca, Ichua. Lo que pasa es que estoy preocupado con la marcha de Ramuncho. Yo nunca creí que lo iba á sentir tanto.

FLORENTINO.—Tú y todos. Cuando pienso que dentro de una hora ya no estará aquí...

ARROCOA.—Que mañana en el partido de pelota no le llevaré de compañero...

ICHUA.—Y no vendrá por la noche á la frontera.

FLORENTINO.—Mucho te hemos de echar de menos.

RAMUNCHO.—Como yo á vosotros.

ARROCOA. — Y que todo el pueblo piensa igual. No va á quedar quien no vaya á despedirle al cruce de la carretera.

ICHUA.—Las muchachas andan por ahí recogiendo flores para entregárselas cuando el coche arranque.

ARROCOA.—Y yo sé de uno que está empeñado en regalarle una bufanda para el viaje.

FLORENTINO.—El carnicero le va á llevar dos salchichones.

ICHUA.—*(Sollozando sin darse cuenta.)* Toma, y hasta ha habido hombre que ha llorado... por cierto que le he reprendido... porque en un hombre... llorar... *(Se enjuga á hurtadillas una lágrima.)*

RAMUNCHO.—Bah, no pensemos ahora en eso, y bebamos por el éxito de anoche en la frontera. *(Beben.)*

ICHUA.—*(Ya repuesto.)* ¡Buena jornada!

ARROCOA.—Usted, á pesar de sus muchos años en el oficio, habrá conocido pocas como la de anoche, ¿eh?

ICHUA.—Yo las he conocido mejores y peores. Con lo que á mí me ha ocurrido en esta vida se podían llenar muchos pliegos de papel, pero siempre he salido adelante. Recuerdo una noche... vosotros apenas os tendríais en pie, que traíamos un envoltorio de tirantes de seda y dos fardos de pantalones de señora con encajes, y en la mitad del camino se nos desatan los tirantes, se nos empiezan á caer los pantalones...

ARROCOA.—Es natural...

ICHUA.—Y de pronto, los carabineros.

FLORENTINO.—¿Y se perdió el alijo?

ICHUA.—¿Perderse? ¡Quiá, hombre! ¡Había que vernos correr con los pantalones debajo del brazo! Claro está que nos dejamos en el camino la mitad de la carga, pero el resto entró en España con nosotros.

FLORENTINO.—Dicen que ha pasado usted cosas estupendas.

ICHUA.—Lo que se dice estupendas, sí, señor. Yo he colao ganado de todas clases, fieras para los circos, relojes de torre, aeroplanos... os digo que yo he colao de todo. Casi todo el hierro del viaducto de Ormáiztegui puede decirse que es hierro colao por mí.

ARROCOA.—¡Atiza! ¡El puente de Ormáiztegui!

ICHUA.—El mismo. Ese puente lo he pasao yo.

FLORENTINO.—Con razón le llaman á usted "el rey del contrabando".

ICHUA.—*(A Ramuncho.)* Bueno, y tú, ¿qué?... ¿cómo dejas, al marchar, tus amoríos? ¿Qué piensa Marichu?

RAMUNCHO.—¿Qué quiere usted que piense? Esperar que yo vuelva del servicio, y después, si su madre no se opone, casarse conmigo.

ARROCOA.—Mi madre se opondrá, porque hace caso de murmuraciones y no te mira bien. Pero eso á ti no te preocupe. Mi hermana te quiere, y conmigo cuentas también; de modo...

ICHUA.—¡Hombre, tengo ganas de echarme á la cara á tu madre para decirla unas cuantas cosas que tengo estancadas aquí en la aduana del pescuezo, y el día que les dé salida me van á oir hasta los sordos. Claro que yo sé guardarle los respetos á una mujer, pero me va á oir. Me molesta mucho esa ojeriza que le ha tomado á Ramuncho sin fundamento.

ARROCOA.—Diga usted que mi madre es como Dios la ha hecho, y la ha hecho muy á la ligera; pero ¿qué mejor partido puede encontrar para mi hermana que Ramuncho?

ICHUA.—Ni el rey, hombre, ni el rey. Y sobre todo, que los chicos se quieren ciegamente, y coger dos corazones de ambos sexos y hacerlos picadillo así como así, por una mala voluntad, no está bien. Te digo que yo, buscarla no la busca-

ré, pero el día que me encuentre con tu madre me oye.

FLORENTINO.—La otra tarde me lo dijo usted á mí.

ICHUA.—A ti y á todo el mundo. ¡Si no tengo otro deseo!... ¡si me están ahogardo las cosas que la voy á decir, y si no fuera porque es tu madre *(Por Arrocoa.)* y porque es madre de la novia de éste, y porque va á ser, quiera ó no quiera, madre política también de éste *(A Ramuncho.)* y porque no le gustaría á tu madre... ¡mi madre! ¡el escándalo que armaba yo! Pero todo se puede decir con prudencia y se lo diré, ¡vaya si se lo diré...! *(Aparece Dolores, seguida de dos vecinas, á la puerta de la iglesia.)*

FLORENTINO.—Precisamente sale de la iglesia.

ICHUA.—¡Ella! Mira tú qué ocasión se me presentaba si no diese la maldita casualidad de que sale con la Justina y con la Ana María. Y yo lo que quiero es cogerla sola... y la cogeré... y me oirá.

FLORENTINO.—¿Quiere usted que yo las entretenga mientras usted la dice esas cuatro frescas?

ICHUA.—No; ¿para qué? Eso sería forzar la ocasión, y yo quiero que venga natural.

ARROCOA.—*(A Ramuncho.)* No te apures, Ramuncho, que yo estaré siempre á tu lado.

RAMUNCHO.—Lo sé.

ICHUA.—Vaya, darme de beber, á ver si así me contengo. *(Beben todos.)*

ESCENA II

Dichos. Por la iglesia DOLORES DECHARRY, JUSTINA y ANA MARIA.

DOLORES.—*(A sus acompañantes.)* ¿Pero han visto ustedes qué aire de grandeza tiene esa Franchita? ¡Ni aun en la casa de Dios se olvida de su soberbia! En toda la misa no nos ha mirado una sola vez, siquiera por atención.

JUSTINA.—Ya, ya.

ANA.—Y por lo visto, no ha querido salir para no encontrarse con nosotras.

DOLORES.—Más bien será por lo mucho que tiene que rezar. ¡Es tan grande su falta...!

JUSTINA.—Dicen que fué un madrileño el que la sedujo hace años.

DOLORES.—Sí, un título... muy rico, según dijeron; por eso ella persiste en dárselas de gran señora, desde que volvió al pueblo hace quince años.

ANA.—A propósito, ya que tocamos esto y que veo allí en la sidrería lo que veo, quiero hablarla de una cosa que tanto Justina como yo, y como todas sus buenas amigas, estamos viendo con disgusto.

DOLORES.—Sí, sé lo que van ustedes á decirme: ¿que cómo he dejado á mi Marichu que hable y hasta que baile los domingos con el hijo de esa mujer... con ese fruto del pecado?

ANA.—Exactamente.

JUSTINA.—No nos parece bien que una muchacha tan cristiana...

DOLORES.—Tuve sobrada tolerancia, lo confieso, pero para cortarlo de una vez Dios ha venido en mi ayuda.

ANA.—¿De veras?

DOLORES.—Sí. Creo que hoy se lo llevan al servicio del Rey. Le ha tocado para Africa, y allá irá á pelear con los enemigos de nuestra santa religión. ¡Muchos tiene que matar para redimirse de su pecado!...

JUSTINA.—Pero puede volver...

DOLORES.—Sí, pasados tres años, y en tres años pueden ocurrir tantas cosas...

ANA.—¿Cómo no ha venido Marichu?

DOLORES.—Se quedó cortando unas flores que quiere ofrendar á la Virgen. Vaya, vamos, no vaya á salir esa mujer. Verla y entrarme un escalofrío por todo el cuerpo...

JUSTINA.—Sí, lleva usted razón, vamos. *(Vanse por la izquierda.)*

ESCENA III

Dichos menos DOLORES, ANA MARIA y JUSTINA.

ICHUA.—Ya habéis visto. Ni siquiera nos ha mirado.

RAMUNCHO.—Seguramente porque estoy yo aquí.

ICHUA.—¡Ca! no lo creas. Ha sido por mí. ¿No comprendéis que ella sabe que yo tengo ganas de decirla algo? Por eso se ha ido en seguida.

FLORENTINO.—Tanto como en seguida... ha estado un buen rato.

ICHUA.—Porque no se habrá dado cuenta de que yo estaba aquí.

Se escucha el órgano dentro de la iglesia.

FLORENTINO.—¡Buenas voces tiene el órgano!

ICHUA.—Pasado por mí. (*Bebe.*)

FLORENTINO.—¿También el órgano?

ICHUA.—Anda, y el día que se nos vaya el señor cura, paso yo otro en seguida.

ARROCOA.—Oye, Ramuncho: ¿nos escribirás muy á menudo?

RAMUNCHO.—¡Figúrate!

ARROCOA.—Y á tu vuelta, el primer partido de pelota que juegues, como siempre ¿eh? tú y yo de compañeros.

RAMUNCHO.—Te lo iba á proponer.

FLORENTINO.—¿Es Marichu aquella que viene por allí?

ICHUA.—Me parece que sí.

ARROCOA.—(*Mirando.*) Mi hermana es.

RAMUNCHO.—Si supiera que no le sentaba mal, la salía al encuentro para despedirme de ella.

ARROCOA.—Al contrario. Lo estará deseando.

RAMUNCHO.—Es que si luego tu madre sabe que ha estado sola conmigo...

ARROCOA.—Sola no, porque estoy yo aquí.

ICHUA.—Y yo, y éste. Ahora, que los tres nos vamos á meter ahí dentro para no estorbarte.

RAMUNCHO.—¿Me vais á dejar solo?

FLORENTINO.—Puede que te dé miedo.

ICHUA.—¡Parece mentira! Vamos, que llega; esto del amor es como el contrabando: hay que aprovechar los minutos. Ahí te esperamos.

RAMUNCHO.—Pero...

ICHUA.—*(Desde la puerta.)* Y no tengas prisa. *(Entran los tres en la sidrería.)*

ESCENA IV

MARICHU, que sale por la izquierda con un ramo de flores en la mano. Marcha en dirección á la iglesia. RAMUNCHO sale á su encuentro y la detiene.

RAMUNCHO.—Marichu...

MARICHU. — *(Con alegría y cariño.)* ¡Ramuncho!...

RAMUNCHO.—¿Vas á la iglesia?

MARICHU.—A la iglesia á ofrecer estas flores

á la Virgen. (*Pausa.*) Estaba segura de que me buscarías para despedirte.

RAMUNCHO.—Para despedirme, y para darte una buena noticia que hará menos triste nuestra separación.

MARICHU.—¿Una buena noticia?

RAMUNCHO.—Ayer recibí carta de mi tío Ignacio, el rico propietario del Uruguay.

MARICHU.—(*Con alegría.*) ¿Qué te dice?

RAMUNCHO.—Me dice que en sus fincas hay mucho que hacer; que es dueño de inmensas praderas... manadas de caballos... que no tiene hijos, y que si yo quisiera ir á ayudarle con una muchachita guipuzcoana que fuera mi esposa, tendría mucho gusto en adoptarnos á los dos... también mi madre vendría con nosotros... y una vez adoptado por mí tío, Ramuncho tendría una verdadera posición y un nombre... no sería el pobre contrabandista y oscuro pelotari... y entonces... me figuro que tu madre consentiría... ¿no te parece?...

MARICHU.—¡América!... ¡qué felicidad!... ¡qué encanto atravesar el mar para ver aquel país tan lejano! (*Cada vez con más entusiasmo.*) Iremos á buscar á tu tío Ignacio; después á casa de mis primos, que tienen una granja en las fronteras del Uruguay...

RAMUNCHO. — ¿Iremos?... ¿Has dicho iremos?... ¿Es que consientes en casarte conmigo?

Marichu.—*(Con ingenuidad.)* ¿Ah, pero no lo sabías?

Ramuncho.—Quería oirlo de tu boca. Nunca me lo habías dicho claramente. *(Pausa.)* Oye, Marichu: ¿crees que consentirá tu madre?

Marichu.—*(Con amargura.)* ¡Mi madre!... puede que no. Mi hermano Arrocoa, sí está á nuestro favor. Su ideal lo encuentra en ti. Eres un gran pelotari y eso lo dice todo para él. ¡Pero mi madre!... Nunca me atreví á hablarla de ti... la tengo miedo... pero ahora... cuando tú te hayas marchado todo me es igual... la hablaré, y, óyelo bien, si no consiente, cuando vuelvas haré lo que tú quieras, sea lo que sea, porque esta es la única cosa en el mundo en que no estoy dispuesta á obedecerla.

Ramuncho.—Me escribirás en seguida lo que te conteste, ¿verdad? Arrocoa me ha prometido hacer llegar nuestras cartas, y esto ya es una gran ventaja.

Marichu.—Te escribiré todo cuanto pueda.

Ramuncho.—*(Tomándola de la mano y llevándola al banco, donde se sientan.)* Yo no sé si podré volver aquí con alguna licencia antes que cumpla... No lo creo, Marichu, y si vieras... tengo miedo...

Marichu.—¿Miedo?

Ramuncho.—Sí. Voy á marchar para tres años... y tres años lejos de aquí... sin verte...

Marichu.—¿Qué temes?

RAMUNCHO.—¿Qué sé yo? Frecuentan tu casa tantas religiosas... Raro es el día que no haces una visita al convento... Marichu, dime la verdad... ¿tienes tú vocación para esa vida?...

MARICHU.—Me gustan sus cánticos, sus blancas capillas, su casa... todo... no puedo explicártelo bien... pero no, no tengas miedo... si te perdiese á ti, quizá... mejor diré, seguramente... pero de otro modo, puedes estar tranquilo.

RAMUNCHO.—No sé si podré conseguirlo.

MARICHU.—Además, que no hay manera de evitar esta separación. Es necesario que cumplas tu servicio.

RAMUNCHO.—¿Necesario?... Para mí no hay necesario más que tu cariño... y si tú quisieras... si tuvieras valor...

MARICHU.—¿Qué quieres decir?

RAMUNCHO.—Es una locura lo que se me ocurre... pero, ¡una locura tan hermosa!...

MARICHU.—¿Cuál?

RAMUNCHO.—Podríamos marcharnos en seguida á América... Yo burlaría el servicio militar... Ichua me facilitaría el medio.

MARICHU.—Pero serías un prófugo... no podríamos volver nunca á nuestra tierra vasca, no veríamos más estos lugares donde ha florecido nuestro cariño...

RAMUNCHO.—Sí, sí... tienes razón... desertar, nunca. *(Pausa. Con voz más dolorosa.)* Entonces me iré. Adiós, Marichu.

MARICHU.—¿Es ya la hora?

RAMUNCHO.—Sí; saldré dentro de un momento, cuando me despida de los amigos y de mi pobre madre. Voy á pie hasta el cruce de la carretera de Zumelzu para tomar el coche que va á la estación de Gorostiaga, donde cogeré el tren hasta San Sebastián, en cuyo Gobierno militar tengo que presentarme. *(Con cariño.)* ¿Te acordarás mucho de mí?

MARICHU. — ¡Que si me acordaré!... ¡Tres años!... ¡Ver florecer tres veces los árboles!... ¡Sentir la nieve de tres inviernos... ¡Sin verte!...

RAMUNCHO.—Mi corazón se queda aquí.

MARICHU.—El mío se va contigo allá donde te llevan, á esas tierras que quema el sol...

RAMUNCHO.—Es muy grande la pena de marchar... tan grande, que sólo puede compararse con la alegría de volver.

MARICHU.—¡Está tan lejos esa alegría... tan cerca la pena!...

RAMUNCHO.—*(Con voz casi ahogada por la emoción.)* Adiós, Marichu, adiós... *(La toma la mano.)* Como ya no he de verte sola...

MARICHU.—No, aquí no; entra conmigo en la iglesia. Nos despediremos delante de la Virgen.

RAMUNCHO.—¿Me dejas que me coja de tu brazo?

MARICHU.—¿Por qué no? Ya que nadie nos ve... Entraremos como dos prometidos.

RAMUNCHO.—Como lo que somos.

Se cogen del brazo y se dirigen hacia la iglesia. Por la lateral izquierda aparece Dolores.

ESCENA V

Dichos. DOLORES. Luego, FRANCHITA.

DOLORES.—*(Con indignación.)* ¡Me lo figuraba!... *(Con voz irritada.)* ¡Marichu!...

Al oir la voz de Dolores se vuelven los dos y quedan anonadados, soltándose del brazo poco á poco. En la puerta de la iglesia aparece Franchita, que, sin ser vista de los otros, queda sin avanzar, escuchando.

DOLORES.—¿Adónde ibas con Ramuncho?

MARICHU.—A la iglesia.

DOLORES.—¡A la iglesia!... ¡A la iglesia del brazo de un hombre!... ¡Y de qué hombre!

FRANCHITA.—*(Avanzando sin poder contenerse.)* Igual de bueno y honrado entrará otro en esta santa casa. Mejor, no.

DOLORES.—¡Hola! ¿Por lo visto, los estabas esperando? Tendrías ya preparada la entrevista... No me sorprende que te parezcan buenos todos los medios después de lo que hiciste...

RAMUNCHO.—Eso no, señora Dolores; á mi madre...

FRANCHITA.—*(Cortándole la palabra.)* ¡Calla tú! *(Con resignación.)* Mía sólo fué la culpa, mío sólo ha de ser el dolor. Escucha, Dolores: no es piadoso ni humano echar sobre la felicidad de dos pobres criaturas un pasado que tú no admites pueda borrarse con quince años de penitencia. Arroja sobre mí todos tus desprecios, hasta tus injurias; pero déjalos á ellos.

DOLORES.—*(Con ironía.)* ¡Que los deje! Por lo visto, tú ya das como cosa hecha sus amores; ¡y hasta puede que pienses en casarlos!

FRANCHITA.—¿Por qué no? Intenta casarla con otro... ¡inténtalo!

DOLORES.—*(Indignada.)* Sí; ya sé que me la habéis embrujado entre los dos... pero no será. ¡Mi Marichu casada con ese hijo de una aventura... con un contrabandista... ¡Ni que Dios me hubiese dejado de la mano! ¡No me faltaba oir otra cosa! *(Imperiosa.)* ¡Vamos, Marichu, vámonos de aquí! *(Tirando de ella y llevándola casi arrastrando.)*

MARICHU.—¡Adiós, Ramuncho!

RAMUNCHO.—Cuando acabe mi servicio vendré á cumplirte mi palabra.

DOLORES.—*(Aparte y empujando á Marichu.)* Cuando acabe tu servicio no la encontrarás. *(Vanse las dos por la izquierda.)*

ESCENA VI

RAMUNCHO y FRANCHITA.

FRANCHITA.—*(Avergonzada y medio sollozando.)* ¡Qué vergüenza! ¡Yo disputando en medio de la plaza... como una mujerzuela... en plena luz del día!

RAMUNCHO.—*(Consolándola.)* Vamos, madre; no aumente á la pena de mi marcha la pena de verla así.

FRANCHITA.—*(Rehaciéndose.)* Tienes razón, hijo mío. Hoy más que nunca necesito de todas mis fuerzas. *(Se enjuga una lágrima, le tiende los brazos y le pregunta:)* ¿Qué? ¿Lo arreglaste todo?

RAMUNCHO.—Bien poco tenía que arreglar.

FRANCHITA.—¿Te vas ya?

RAMUNCHO.—Ahora mismo. El coche lo tomaré en el cruce de la carretera. Hasta allí me acompañarán Ichua y los amigos.

FRANCHITA.—Y yo también.

RAMUNCHO.—No, madre, usted no...; hay una tirada bastante larga... se fatigaría usted demasiado... *(Casi saltándosele las lágrimas.)* Además..., me da cierto reparo que mis compañeros me vean llorar...; á lo mejor se ríen... *(Suplicante.)* Mejor es despedirnos aquí...; ahora al pasar por casa cogeré mis paquetes...; vaya... el último abrazo.

FRANCHITA. —*(Abrazándole.)* ¡Hijo de mi alma! *(Llora.)*

Aparecen por la puerta de la sidrería Ichua, Arrocoa, Florentino y cinco ó seis hombres más. Por la puerta de la iglesia sale el señor Cura. Durante la escena que sigue salen por la bocacalle varios mozos más y algunas muchachas con flores en la mano.

ESCENA VII

DICHOS, el CURA, ARROCOA, ICHUA, FLORENTINO, hombres y mujeres del pueblo.

ICHUA.— *(Al verlos.)* ¡Aprieta, Ramuncho, aprieta! *(Ramuncho, avergonzado, se suelta de los brazos de su madre.)* ¡No te dé vergüenza, hombre! Ahora, que lo mismo que estás haciendo con tu madre has debido hacer con Marichu, y perdona. *(A Arrocoa.)* ¡Qué demonio! Al servicio del rey no se va más que una vez, y las ocasiones hay que aprovecharlas.

ARROCOA.—Ramuncho: si no quieres quedarte á pie, no hay que perder el tiempo. El coche estará para llegar al cruce, y ya sabes que Olavarría no espera.

FLORENTINO.—Por éste sí esperaría; pero puede llegar tarde al tren.

RAMUNCHO.—Tenéis razón; vamos allá.

CURA.—*(Que ha aparecido antes en el dintel de la puerta de la iglesia.)* No tan pronto que no me dé tiempo de darte mi bendición, y con mi bendición un abrazo.

RAMUNCHO.—*(Adelantando hacia el Cura, que baja á escena.)* Señor cura... *(El Cura le abraza y le bendice.)* *(A Franchita.)* Ya no se queda usted sola, madre... *(Al Cura.)* Usted me hará el favor... por lo menos hasta que doble la esquina de la calle... cuando haga el último saludo...

CURA.—Nada de favor; es mi deber.

FRANCHITA.—Pero ¿por qué no dejarme ir hasta el cruce?...

CURA.—Ramuncho lleva razón; ¿qué más da despedirse aquí que un poco más allá?

ICHUA.—No tan poco; que hay una buena longaniza.

ARROCOA.—Vamos, que se hace tarde.

RAMUNCHO.—Adiós, madre...; adiós, señor cura.

FRANCHITA.—Que el Señor te traiga pronto á mis brazos.

CURA.—Adiós.

ICHUA.—No se apure usted, que antes de meterle en el coche le vamos á dar treinta abrazos: quince por usted y quince por nosotros...; digo, no, esperarse, que he hecho mal la cuenta...; quince por usted; y de los otros quince, uno por

nosotros y los catorce del pico por Marichu...; ¡ah!, y un bufido de parte de la señora Dolores.

RAMUNCHO.—Vamos.

Todos, menos Franchita y el Cura, hacen mutis por la izquierda, rodeando los mozos y las mozas á Ramuncho, con gran animación. Franchita y el Cura se quedan mirando por donde se fué el grupo, y de vez en cuando agitan la mano como si contestaran á una despedida. Por último, quedan un momento quietos y se despiden nuevamente. Es el momento en que se supone que Ramuncho y sus amigos se pierden de vista. Al concluir de agitar el pañuelo, Franchita se lo lleva á los ojos y solloza desconsoladamente.

CURA.—*(Llevándola hacia el banco y sentándola en él.)* Vamos, Franchita... hay que ser fuertes...; después de todo, tres años pronto se pasan.

FRANCHITA.—El tiempo va muy de prisa cuando se saborean alegrías; pero en las penas... ¡en las penas son tan largas las horas!...

CURA.—Ten paciencia, mujer.

FRANCHITA.—Pero no es esa mi mayor pena. Estoy segura de que mi Ramuncho volverá. La Santísima Virgen, á quien se lo he pedido

con toda la fe que hay en mi alma, me le ha de devolver. Pero si aquí ocurre lo que me temo, ¡más vale que no me le devuelva, señor cura!

CURA.—¿Insistes otra vez en tu pesimismo?

FRANCHITA.—¡Si usted nos hubiera oído hace un momento á Dolores y á mí, aquí mismo en la plaza!, comprendería mis temores.

CURA.—Y yo te repito que te calmes, que todo se arreglará.

FRANCHITA.—No puedo.

CURA.—Trata de rezar. No hay mejor consuelo para los trastornos del espíritu que la oración.

FRANCHITA.—¿Rezar?... No puedo, padre, no puedo. Estoy convencida de que Dolores Decharry me odia, y de que yo he traido sobre mi pobre hijo la desgracia. Hoy, hoy es cuando empieza mi verdadero castigo.

Marichu asoma por la izquierda, y sin ser vista del Cura ni de Franchita se acerca por detrás del árbol al banco en que están sentados.

CURA.—Ten confianza en Dios. Vamos, un esfuerzo, y reza. *(Franchita hace signos negativos.)* Piensa en el que se ha marchado, y seguramente acudirá la plegaria á tus labios.

MARICHU.—*(Saliendo de detrás del árbol é hincándose de rodillas ante Franchita.)* Y con-

migo, ¿rezará usted? ¿Conmigo, que soy ya como hija suya?

FRANCHITA.—Sí..., contigo sí... *(Se abrazan.)*

CURA.—Pidamos los tres por él.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero del primer acto. Además de los muebles que en él aparecieron, un gran sillón de paja. Son las dos de la tarde. La puerta del foro está completamente cerrada. La ventana del mismo, ligeramente entreabierta, deja pasar un rayo de sol muy vivo, única luz que ilumina la estancia al empezar la acción.

ESCENA PRIMERA

FRANCHITA, enferma, sentada en el sillón. PILAR, criada relativamente joven, arregla los objetos que hay sobre una antigua cómoda, entre los cuales se distinguen un vaso y varios frascos con medicamentos. Poco después, el CURA.

FRANCHITA.—¿Qué hora es, Pilar?

PILAR.—¡Por el santísimo Cristo del Lezo, no esté usted con esa impaciencia, que no le hace bien! Que llegar tiene, y si con esa ansiedad le pudiera usted traer antes...

FRANCHITA.—Llevas razón, pero es que no

puedo dominar este deseo; que cuando mis ojos cansados por el desvelo quieren cerrarse, la idea de que voy á verle los mantiene abiertos, y cuando mi cuerpo vencido por la fatiga pide reposo, esa idea le arroja de la cama. ¿Tú sabes lo que son tres años de ausencia?

PILAR.—Pues claro que lo sé. Tres años son un año tres veces, ó tres veces un año.

FRANCHITA.—¡Una eternidad!... pero dime la hora...

PILAR.—Acabo de oir las dos.

FRANCHITA.—Habrá llegado á Gorostiaga alrededor de las doce... pongamos que se haya tomado tres cuartos de hora para almorzar... quizá no tanto, porque él estará tan impaciente como yo...

PILAR.—Bueno; lo que hace falta es que se eche usted una buena siestecita, que, ya lo ha dicho el médico, usted no está *pa* estos trotes. Y no se atormente con esa impaciencia, porque aun suponiendo que el tren no llegase con retraso á Gorostiaga ya sabe usted que el coche tarda lo suyo en venir hasta el cruce. Nada, nada; á dormir un rato, que hay tiempo para todo.

FRANCHITA.—¡Dormir!... sí, tienes razón... ¿pero cómo lograrlo?

PILAR.—¡Toma, pues cerrando los ojos y no pensando en *na!* Vamos, pruebe usted...

FRANCHITA.—Como quieras. (*Pausa. Franchita cierra los ojos intentando dormir. Su respira-*

ción es fatigosa. Pilar sigue trajinando por la habitación. A los pocos momentos Franchita hace un ademán de angustia, como si le faltase aire para respirar.)

FRANCHITA.—Pilar... abre más la ventana.

PILAR.—¿Que abra? ¿Pero no comprende usted que á toda luz le va á ser imposible coger el sueño?

FRANCHITA.—No importa, ábrela... me falta aire... ¡me ahogo! (*Pilar abre la ventana. Al mismo tiempo, el cura, que pasa, le dice á Pilar desde fuera.*)

CURA.—¡Hola, hola!... parece que se fisga... si llegas á asomarte un poquito antes, pescas á tu enamorado como me has pescado á mí... mírale, ahora dobla la esquina.

PILAR.—Que no, señor cura, que yo no he abierto por ver á nadie... es que á la señora le faltaba aire...

CURA.—Y á ti te faltaba Juan... anda, abre que voy á entrar. *(Pilar va á abrir.)*

FRANCHITA.—¿Con quién hablas?... ¿Es el señor cura?

PILAR.—Sí señora, el cura es.

CURA.—(*Entrando.*) El mismo, que viene á verte, Franchita. ¿Qué? ¿cómo van esas fuerzas?

FRANCHITA.—Pues van... no sé cómo explicárselo á usted, padre. Hoy que me siento peor que nunca, me siento mejor que nunca también.

CURA.—Pues hija, como Santa Rita, que es

abogada de los imposibles, no se tome la molestia de descifrarme el jeroglífico, no sé cómo me voy á arreglar.

PILAR.—Toma, yo sin ser una santa se lo explicaré. Quiere decir que hoy está muy mala, porque lo está; pero como va á llegar quien va á llegar, le parece á ella que está mejor. (*A Franchita.*) ¿He *acertao?*

CURA.—¡Calla, pues es verdad que hoy llega Ramuncho!

PILAR.—Y yo estoy machacando con que no se mortifique inútilmente, y la digo que cuando tenga que llegar estará aquí, pero que esa ansiedad que siente y ese ahogo... pues no le tienen que hacer ningún provecho.

CURA.—Y le has dicho una verdad como un templo. Suponiendo que hoy haya sido el tren puntual, lo que no suele ocurrir, queda una buena tirada de coche y un trozo á pie, y si vas á estar con esa inquietud...

FRANCHITA.—¿Acaso hago mal?

CURA.—Más de lo que te figuras. Has empezado por desobedecer al médico, que te prohibió en absoluto abandonar la cama.

FRANCHITA.—Lo hice porque fuera para mi Ramuncho más alegre su llegada. De encontrarme aquí en este sillón á verme en cama, hay bastante diferencia.

CURA.—¿Y qué importaba eso? Ramuncho sabe que estás algo delicada. ¿No es mil veces

peor que, por simular una mejoría que desgraciadamente no existe, puedas agravarte? Ten en cuenta que necesitas tranquilidad de espíritu. ¡Claro es que no se le puede decir á una madre que no ve á su único hijo en tres años que ahogue los latidos del corazón: eso, á mi juicio, sería peor aún; pero estando como estás, debes imponerte cierta templanza por el bien de los dos. Figúrate que esa misma angustia que te devora adelantase... ¿qué sé yo?... activara la marcha de tu enfermedad... ¡imagínate el disgusto para Ramuncho!... no, mi buena Franchita; hay que hacerse fuerte y sobre todo obedecer al médico. Ten en cuenta, además, que á la pena de encontrarte falta de salud tiene que añadir Ramuncho la otra pena... la de Marichu.

FRANCHITA.—En cuanto á ésa, puede usted estar tranquilo.

CURA.—¿Cómo?

FRANCHITA.—Ramuncho se enteró de todo y decidió olvidarla.

CURA.—¿Que decidió...?

FRANCHITA.—En una de sus últimas cartas me lo decía. Pilar.

PILAR.—¿Qué manda usted?

FRANCHITA.—Dame esa carta que hay en el cajón de arriba de la cómoda.

PILAR.—¿Esa que se lee usted todos los días cuatro ó cinco veces...? se la debe usted saber de corrido. *(La saca del cajón.)*

Franchita.—Llevas razón, grabada está en mi memoria. Dame. *(Toma la carta.)* Me escribe desde el campamento de Nador y en la última, carilla vea usted lo que dice. *(Leyendo.)* "Hasta aquí ha llegado la noticia, esa noticia que usted querida madre, ha intentado ocultarme cuando yo me quejaba de no recibir cartas de Marichu. Ha hecho usted mal. Cuando se está tan lejos, es preferible saberlo todo, por cruel que sea, á no saber nada. La noticia de su muerte me hubiera hecho menos daño que ésta, tan inesperada y tan terrible. ¡Traicionarme para entrar en un convento! ¡Quebrar todas las promesas, olvidar todas las fidelidades juradas!... ¡No, madre!... para mí acabó Marichu; su cariño ha quedado desterrado para siempre de mi corazón! ¿Y por eso creía usted que no iba á volver al pueblo, y por ese temor no me escribió antes la verdad? Esté usted tranquila; apenas me licencie correré á sus brazos y de lo único que no tendré quizá valor es de quedarme ahí, en el pueblo, sin ella... su recuerdo acaso reviviera lo que ya murió... pero de todo esto yo hablaremos, y entretanto reciba usted un apretado abrazo y el inmenso cariño de su Ramuncho." *(Mientras va leyendo esta carta, se irá afectando poco á poco, y al terminar sufre un pequeño desvanecimiento.)*

Cura.—Vamos, vamos, Franchita... ¿ves cómo no debes excitarte? Una carta que no puede ser más consoladora para ti, y, sin embargo...

PILAR.—(*Dando al Cura una medicina que toma de sobre la cómoda.*) Tome usted, padre: hágala tomar esta medicina. Me encargó el médico que si la diera algún vahido...

CURA.—(*Ofreciendo á Franchita una cucharada de la medicina.*) Anda, Franchita, toma esta cucharada. (*Ella la toma.*) Ajajá... Y ahora, á la cama.

PILAR.—Eso; y si puede dormir un rato, que se duerma; y si viene Ramuncho cuando ella esté durmiendo, que se espere.

FRANCHITA.—(*Levantándose, ayudada de Pilar y el Cura.*) No; eso, no.

CURA.—Descuida, que ya te despertaremos. Anda, cógete á Pilar y á mí... Así, despacito...

FRANCHITA.—(*Marchando hacia la lateral.*) ¿Qué hora es?

PILAR.—Ya han *dao*. ¡Pero que no se le ha de quitar de la imaginación el dichoso reloj!

FRANCHITA.—Es que ya debía estar aquí... ¿Le habrá pasado algo?

CURA.—No te impacientes, mujer, que todo llega en este mundo.

ESCENA II

Dichos. ARROCOA, FLORENTINO. En seguida ICHUA y RAMUNCHO. Este último viste el uniforme de sargento de infantería y lleva al pecho dos cruces. Un ligero bigote sombrea su labio superior.

ARROCOA.—(*Desde fuera.*) ¡Franchita!... ¡Pilar!...

FLORENTINO.—*(Idem.)* Aquí viene...

FRANCHITA.—*(A quien han sorprendido las voces cerca de la puerta lateral.)* ¿Eh?... ¿Qué dicen?...

ARROCOA.—*(Entrando.)* Ahí está.

FLORENTINO. — *(Entrando.)* Ya le tenemos aquí.

CURA.—¿Queréis acabar?

ARROCOA.—Ramuncho que viene...

FLORENTINO.—Que viene con Ichua.

FRANCHITA.—¡Mi Ramuncho!... ¿dónde, dónde está?... ¿Ve usted, señor cura, cómo yo tenía razón al no querer acostarme?...

PILAR.—¡Por Dios, señora!

CURA.—*(A Franchita.)* No te excites. *(A los hombres.)* ¿Decís que viene?

ARROCOA.—*(Que estará mirando por la ventana.)* Que ya está aquí.

RAMUNCHO.—*(Entrando seguido de Ichua.)* ¡Madre! *(Corre á abrazarla.)*

FRANCHITA.—¡Hijo de mi alma! *(Se abrazan estrechamente. Pausa. El abrazo es prolongado, y durante él se oyen los sollozos de Franchita.)*

CURA.—Bueno, bueno; basta ya, Franchita... Déjanos á los demás abrazarle también.

FRANCHITA.—¡Mi Ramuncho!... *(Da muestras de sentirse mal, y se apoya en el sillón.)*

RAMUNCHO.—¡Madre!... ¿Se siente usted mal?

FRANCHITA.—No, no es nada.

PILAR.—*(Sentándola en el sillón, ayudada de*

Ramuncho y el Cura.) No diga usted que no es nada... ¡Vaya si es!... Ya se lo decía yo: "Se está usted matando con estas emociones; tenga usted calma, que todo llega." Pero ella... ¡Si hubiera podido apresurar el viaje adelantando las manecillas del reloj!...

RAMUNCHO.— ¿Quiere usted que corra en busca del médico?

FRANCHITA.—*(Haciéndose la fuerte.)* Te digo que no es nada... la emoción natural... la alegría... ya estoy bien... completamente bien... (*Mirando amorosamente á su hijo.)* Viene más guapo; ¿verdad, señor cura?

CURA. — Viene lo que se dice hecho un hombre.

ICHUA.—¿A que no sabéis qué figura militar me recordó apenas le vi apearse del tren, tan gallardo, un poco *tostao,* con esos bigotes que le han salido?

ARROCOA.—¿Napoleón?

ICHUA.—No seas zopenco. ¿Dónde has visto á Napoleón con bigote?

FLORENTINO.—¿Garibaldi?

ICHUA.—Nada; no dais con ello. ¿Verdad, señor cura, que tiene algo de Zumalacárregui?

CURA.—Hombre, yo no se lo encuentro; pero cuando tú lo dices...

ICHUA.—Pues si no es Zumalacárregui, es Espartero... Claro que Espartero cuando empezaba á pollear.

FRANCHITA.—Cuéntame, háblame: ¿has pasado muchas penalidades?

RAMUNCHO.—Muchas; pero á todas he sabido imponerme.

FLORENTINO.—¿Y has *matao* muchos moros?

RAMUNCHO.—Casi tantos como tiros he disparado.

CURA.—¿Y es verdad esa leyenda que se cuenta por aquí, de que las moras toman también parte en la lucha?

RAMUNCHO.—Verdad, señor cura. Bravos son los rifeños; pero ellas... usted no puede formarse idea de la saña con que combaten. De un moro tal vez pueda usted esperar piedad si cae en sus manos; pero no de una mora.

ICHUA.—Como que lo tengo dicho: las moras, no siendo en aguardiente...

FRANCHITA.—¡Qué moreno estás!

FLORENTINO.—Lo que se dice *tostao*.

ICHUA.—Y si no fuera por la mala acción que le ha *jugao* Marichu, estaría *tostao* y *acaramelao*.

CURA.—*(Severamente.)* Ichua, te prohibo que sigas por ese camino...

ICHUA.—*(Aparte.)* Los carabineros.

CURA.—Ciertas cosas no deben recordarse.

ICHUA.—Bien; me callo... Pero me callo aquí, ¿eh? por respeto á ustedes... Ahora, que cuando me eche á la cara á la madre de éste *(Por Arrocoa.)*, que tiene la culpa de todo, me va á oir. *(Florentino se ríe.)* ¿De qué te ríes tú?

Forentino.—De que lleva usted tres años tomando carrerilla.

Cura.—He dicho que basta.

Arrocoa.—Bueno; pues si os parece, vamos en un momento á preparar el partido de esta tarde, que no creáis que queda mucho tiempo, y después volveremos por éste.

Franchita.—*(Sorprendida.)* ¿Por Ramuncho?

Florentino.—Claro: ¿qué diría el pueblo, que sabe que ha llegado, si no le viese en el partido de hoy el primero en la cancha?

Ichua.—Y debes jugar sin quitarte el uniforme. Que te vean los galones y las cruces, y tú verás cómo todos te dicen lo mismo: "con una boina, Zumalacárregui".

Cura.—*(Sonriendo.)* La has tomado con el generalato.

Franchita.—¡Pero eso es una locura! Ramuncho, cansado del viaje, no está en condiciones para luchar como otras veces; además, que debe haberlo olvidado...

Ramuncho.—Si es por eso, ni lo uno ni lo otro.

Franchita.—¿Cómo?

Ramuncho.—No, madre. En Melilla he jugado bastante, casi todos los domingos, y respecto á estar cansado... ahora, que como si lo estuviera; porque nc pienso apartarme un minuto del lado de usted.

Cura.—Muy bien pensado.

ICHUA.—Si es tu deseo... nosotros lo decíamos porque ibas á tener un triunfo colosal... lo que se dice una apoteosis.

FRANCHITA.—¿Y creéis que yo no debo privarle de esas horas de felicidad?

ARROCOA—Hombre... nosotros...

FRANCHITA.— Vosotros estais en lo cierto, ¿Qué importa que se vaya unas horas, si ha vuelto para no separarse de mi lado ya nunca?

RAMUNCHO.—*(Estrechándola en sus brazos.)* Eso sí, madre; ¡nunca!

FRANCHITA.—Además que yo... no es que esté buena... pero tampoco estoy tan mala que necesite quitarte la alegría de pasar un rato con tus amigos... con tus antiguos camaradas.

FLORENTINO.—*(Muy orgulloso.)* Con sus compañeros de colegio.

ARROCOA.—*(Idem.)* Con sus compañeros de partido.

ICHUA.—*(Idem.)* Con sus compañeros de contrabando y defraudación.

CURA.—Acabaréis por convencerle.

FRANCHITA.—Y harán muy bien. Yo, si Ramuncho se niega, tendré un pesar muy grande.

FLORENTINO.—*(A Ramuncho.)* Ya lo oyes.

RAMUNCHO.—Está bien; venid á buscarme.

ARROCOA.—¿Y jugarás?

RAMUNCHO.—Jugaré.

ICHUA.—Y ganarás.

RAMUNCHO.—Haré lo posible.

ICHUA.—No, si no te lo pregunto, es que lo aseguro. Si hasta la pelota en cuanto te vea se te va á venir á la cesta ella sola.

FLORENTINO.—No seré yo el que juegue en contra suya.

CURA.—¡Para chasco que no dieses una! En fin, vámonos, que aturdimos demasiado á la enferma con nuestra charla, y eso no le conviene. *(Tendiendo los brazos á Ramuncho.)* Ramuncho, hasta luego.

RAMUNCHO.—Señor cura, sé todo cuanto ha hecho usted por mi madre; y si ligero soy para olvidar el mal que recibo, no me pasa lo mismo con el bien.

CURA.—¡Vamos, no digas tonterías, y tiéndeme ya tus brazos de una vez!

RAMUNCHO.—Con el alma y la vida. *(Se abrazan. Ramuncho se fija en la sotana nueva que lleva el Cura.)* ¡Buena sotana, padre!

CURA.—No es maleja.

ICHUA.—Pasada por mí, y los zapatos que calza y la teja que le cubre... y ¿á que no sabéis lo que le pienso pasar en la próxima expedición?

RAMUNCHO y ARROCOA.—¿Qué?

ICHUA.—Un ama. *(Todos se ríen.)*

CURA.—¡Un ama de contrabando!... *Nequaquam.* Y vámonos, que estamos molestando.

ARROCOA.—En cuanto lo arreglemos todo, venimos por ti.

RAMUNCHO.—Aquí os espero.

Ichua.—Hasta luego.

Ramuncho.—Adiós. *(Vanse por el foro Ichua, Arrocoa, Florentino y el Cura.)* Y tú, Pilar, llégate á casa del médico y dile que venga lo antes posible, porque necesito hablarle.

Pilar.—Está bien. *(Toma un mantón y vase por el foro.)*

ESCENA III

FRANCHITA y RAMUNCHO.

Ramuncho. — *(Hincándose de rodillas á los pies de su madre.)* ¡Madre... madrecita!... dígame la verdad... ¿es grave lo que padece?... ¿desde cuándo está usted así?...

Franchita.—Va á hacer cuatro semanas, pero no te alarmes, hijo mío.

Ramuncho.—Sí, madre, sí... está usted muy desmejorada... ¿qué dice el médico?

Franchita.—¿El médico?... apenas me ha visto... es mucho gasto... pero tranquilízate, Ramuncho; te aseguro que me siento bastante mejor que estos días pasados.

Ramuncho.—*(Con amargura.)* Pero ¿es que un triste sino ahuyenta de nosotros la felicidad?... ¿esa felicidad que otros alcanzan tan fácilmente?... Florentino me ha dicho que se ha casado... que tiene ya un niño...

FRANCHITA.—Cierto. Un niño precioso.

RAMUNCHO.—Al venir hacia acá nos cruzamos con las dos hijas de Martín Iribarren, que cuando yo marché eran unas chicuelas. Están encantadoras y hechas unas mujeres... *(con la voz velada por la pena.)* También he visto á la madre de Marichu que salía de su casa...

FRANCHITA.—*(Con repentina violencia.)* ¡Ah...! esa mujer...! ¡es increíble su maldad!

RAMUNCHO.—Y su odio hacia nosotros.

FRANCHITA.—Ella sola tiene la culpa de todo tu mal, y hasta del mío, porque mis sufrimientos se aumentaban pensando en los tuyos. Ella quien obligó á Marichu á profesar, sin vocación seguramente, llevándosela lejos... allá hacia las montañas de Navarra... creo que á Amezqueta... no estoy muy segura, porque en poco más de un año la han cambiado tres veces de convento... Y dime, Ramuncho: ¿es verdad lo de tu carta, ó lo escribiste para que yo no me apenara?... ¿De veras la has olvidado?...

RAMUNCHO.—*(Vacilante.)* Si no la he olvidado del todo, por lo menos intento olvidarla, madre, con todas mis fuerzas; pero...

FRANCHITA.—¿Qué?

RAMUNCHO.—Arrocoa me ha hablado de esto al llegar aquí.

FRANCHITA.—¿El hermano?... ¿Y qué te ha dicho?

RAMUNCHO.—Que se la llevaron á la fuerza...

que ella se resistía tenazmente... (*Titubeando.*) y que...

FRANCHITA.—Acaba.

RAMUNCHO.—Arrocoa me hablaba como si fuese hermano mío, con palabras que le salían del corazón.

FRANCHITA.—Sí, ya sé que él no tuvo ninguna culpa; al contrario.

RAMUNCHO.—Ha llegado hasta decirme que si ella me volviese á ver... ¿Comprende usted, madre?

FRANCHITA.—(*Sin poder contener un movimiento de alegría, que más parece un deseo de venganza.*) ¿Te ha dicho eso?...

RAMUNCHO.—¿Usted me perdonaría, madre, si yo intentara...?

FRANCHITA.—¿Perdonarte?... Bien sabes que sí. Pero no lo hagas, Ramuncho, yo te lo ruego, no lo hagas... sería atraer la desgracia sobre ella y sobre ti... (*Pausa.*) ¿Por qué no sigues el camino del olvido que emprendiste al saber la noticia?

RAMUNCHO.—Ya lo procuro, madre; pero usted no sabe lo duras que resultan en ese camino las jornadas. ¡Hasta llegar al olvido hay que andar tanto!...

FRANCHITA.—¡Pobre hijo mío!

RAMUNCHO.—Quiero olvidarla, me lo impongo, me lo exijo, ¡pero la quise tanto!... ¡tanto, que sin ella me resulta la vida de una frialdad de

muerte, aunque Dios bondadoso me conserva todavía mi adorada madre!... A pesar de todo, yo, por mí mismo, nunca habría pensado... Ha sido Arrocoa, su hermano, el que ha despertado en mí este pensamiento, que estoy luchando por arrojar y cada vez se agarra con más firmeza á mi deseo... Antes de hablar con él era menos desgraciado, porque la recordaba, sí, pero la recordaba como algo lejano, como algo muerto que hay que llorar; pero después que ha llenado toda mi alma con esa mala esperanza, me digo que un convento no es un sepulcro, ni una tomadevelo es una mortaja, y que cercados por la blanca toca, brillan y miran todavía sus queridos ojos negros, esos ojos que tantas veces me mintieron promesas. Créame usted, madre: para haber cambiado así su alma y su voluntad, que eran mías, han sido necesarias extrañas y terribles presiones; pero ahora, si llegamos á vernos frente á frente... si yo clavo mis ojos en los suyos... ¿quién sabe?...

Franchita.—Sí, tienes razón... ¿quién sabe?... pero aun así, aun suponiendo que despertaras en ella, si es que no murió, todo el cariño de otros días, piénsalo bien, Ramuncho: ¿qué puedes esperar de razonable y de posible? ¿Se ha visto alguna vez en este país vasco que una religiosa rompa sus velos para seguir á su prometido? ¿Y cómo llegar hasta ella y cómo rescatarla, en un sitio como ese, donde las hermanas están cons-

tantemente vigiladas? Y si lo conseguías, ¿dónde iríais á vivir sin que la gente huyese de vuestro lado, sin que os señalaran con el dedo, como herejes?... (*Pausa.*)

RAMUNCHO.—(*Tímidamente y con voz apagada.*) A América, madre.

FRANCHITA.—(*Con amargura.*) ¡A América!... ¡siempre América!...

RAMUNCHO.—No, madre, no se disguste usted... esto no quiere decir que vaya á hacerlo... y hoy menos que nunca... Son ideas... son planes que no sé si llevaré á cabo... ó cuándo los realizaré... Tan sólo quería saber hoy que si andando el tiempo... más tarde...

FRANCHITA.—Sí, comprendo... cuando yo no exista...

RAMUNCHO.—No es eso, no...

FRANCHITA.—Sí, tú lo pensabas. Bien sé que estoy muy enferma, aunque hoy me siento casi curada porque te veo á mi lado. Tus proyectos me parecen peligrosos; pero cualquiera que sea la determinación que tomes, lo mismo si yo estoy en el mundo todavía, ó si solamente mi alma puede aproximarse á ti, en la tierra ó en la eternidad, no tendré nunca sino un pensamiento: perdonarte, bendecirte y rogar por que seas dichoso. Decide libremente, busca tu felicidad donde creas hallarla, y si el destino quiere que te separes de mí, sabré resignarme.

RAMUNCHO.—(*Con gran cariño.*) No, madre-

cita, no. Antes que dejarla á usted lucharé con los recuerdos, dominaré la pena, pero con usted, con usted siempre... que por grande que sea mi dolor, más grande es la alegría de verme en sus brazos.

FRANCHITA.—Escucha, hijo mío... pienso en tu porvenir cuando yo falte... es mi mayor tormento... ¿Quién podrá velar por ti, sin mí y sin ella?... Nada te dije nunca de tu padre; pero quizá el momento haya llegado...

RAMUNCHO.—No, madre, no; dejemos eso...

FRANCHITA.—¿Por qué, hijo mío? Acaso si le conocieras...

RAMUNCHO.—Si le conociera le odiaría por haberla abandonado á usted.

FRANCHITA.—¿Abandonarme? No, Ramuncho; él no me abandonó. No soy de esas mujeres á quienes se abandona. Fuí yo quien supo marchar de su lado, y marchar á tiempo, porque él ya no me quería.

RAMUNCHO.—Pues le odiaría por no quererla á usted.

FRANCHITA.—¿Quién sabe?... Era un gran señor, indiferente y orgulloso... pero no le faltaba corazón, te lo aseguro, y no se habría opuesto á que viviéramos junto á él. Fuí yo, te repito, quien prefirió traerte aquí cuando eras muy pequeño, para hacer de ti un vasco, un aldeano vasco, como eran mis parientes; y al hacerlo me impulsó una razón, quizá egoísta: apoderarme más de

tu cariño, que fueras de los nuestros, de nuestra raza, ante el temor de que algún día pudieras avergonzarte de tu madre y desdeñarla...

RAMUNCHO.—¿Avergonzarme de usted, madre?

FRANCHITA.—Si hice mal, perdóname. Y te digo como antes... piénsalo, Ramuncho, piénsalo fríamente y decide. Al faltar yo quedarás solo y pobre... tu padre podría ampararte... el señor cura guarda por encargo mío un paquete que contiene sus cartas, su nombre y su retrato... cuando yo muera te lo entregará.

RAMUNCHO.—Y yo le arrojaré al fuego sin abrirle, porque, sépalo usted, madre, quiero ser lo que usted ha deseado que sea, jugador de pelota... contrabandista... uno de los suyos, de su raza... y nunca llevaré más que su querido nombre... Ramuncho, el hijo de Franchita.

ESCENA IV

Dichos. Por el foro, ICHUA, ARROCOA, FLORENTINO. Al final, PILAR.

ARROCOA.—*(Entrando con los otros.)* Todo arreglado. Jugarás de compañero conmigo, como siempre. Lasarte y su hermano son los contrarios. Te advierto que han *adelantao* mucho.

ICHUA.—¿Hermanitos á éste? A la mitad del partido les cambia el parentesco, se quedan en primos, pero de lo más primos.

FRANCHITA.—Y estará todo el pueblo deseando ver á mi Ramuncho, ¿verdad?

ICHUA.—Hay más expectación que si hubiera llegado el director de la Banda Municipal de San Sebastián.

ARROCOA.—Como que el cura no ha *mandao* echar las campanas á vuelo por el qué dirán.

FLORENTINO.—Y porque están cascadas y no suenan. Pero gaita y tamboril tienes.

ICHUA.—Y ya verás las mozas. La que más y la que menos, te echará cada mirada que el que sepa traducir el lenguaje de los ojos leerá lo siguiente: "¡Ay mi madre, y qué sargento más requetesimpático nos han devuelto los descendientes de Boabdil el del suspiro!" Y hasta puede que suspiren ellas también.

FRANCHITA. — ¡Qué buen humor tiene este Ichua!

ICHUA.—Yo, siempre alegre. ¡La vida, que me ha *enseñao* que es lo más práctico!... y no crea usté, que yo he *pasao* bien de disgustos... pasaos por mí, ¿eh?

PILAR.—*(Entrando.)* El médico me ha dicho que vendrá al oscurecer, si es que antes no hace falta.

FRANCHITA.—Mejor: así estarás ya aquí de vuelta del partido.

RAMUNCHO.—¿Pero es que insiste usted?...

FRANCHITA.—Naturalmente, quiero que vayas, y que juegues, y que ganes.

RAMUNCHO.—Bueno, madre, iré, pero... ¿voy á jugar así... con este traje?

ARROCOA.—Hombre... jugar no digo, pero por lo menos hasta el frontón vas con él *pa* que te vean todos.

ICHUA.—Eso, y en el frontón te cambias si quieres.

RAMUNCHO.—Es conveniente: esto me embaraza algo.

FLORENTINO.—Nosotros te lo llevamos todo.

FRANCHITA.—En la cómoda tienes el pantalón, la faja, la camiseta, la boina.

PILAR.—Y allí colgada, la cesta.

ARROCOA.—Pues andando. *(Pilar saca de la cómoda las prendas indicadas y se las va dando á los hombres.)*

RAMUNCHO.—*(A su madre.)* Otro abrazo y hasta muy pronto. *(La abraza.)*

FRANCHITA.—Hasta luego, hijo mío.

FLORENTINO.—Yo llevo el pantalón y la boina.

ARROCOA.—Yo, la camiseta y la faja.

ICHUA.—Y yo llevo la cesta. *(Vanse todos por el foro.)*

TELÓN

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

Pocos momentos después de caer el telón en el cuadro anterior, vuelve á levantarse. La misma decoración que anteriormente. Es la caída de la tarde. No hay nadie en escena. Por la ventana de la estancia entra la luz mortecina del crepúsculo. La puerta del foro está cerrada. A medida que avanza la acción se pierde por completo el día.

ESCENA PRIMERA

Levantado ya telón, salen por la puerta de la derecha DON BERNARDO y el señor CURA.

CURA.—¿De modo que usted opina...?

DON BERNARDO.—Que se avise inmediatamente á Ramuncho si quiere recoger el último suspiro de su pobre madre. En esta ocasión la ciencia no puede hacer otra cosa que cederle á usted el puesto.

CURA.—Ramuncho estará para llegar de un momento á otro. El partido ha concluído ya seguramente...¿de modo, querido doctor, que usted no encuentra esperanza?

DON BERNARDO.—Le aseguro que todo cuanto se intente es inútil. Recuerde que se lo dije ayer: la menor crisis nos traerá fatalmente una desgracia, y lamento haber acertado. Pocas horas

después recibió la noticia de la llegada de Ramuncho, y desde entonces no han cesado su impaciencia y su excitación.

CURA.—Ella me aseguró, no hará dos horas, que se sentía mucho mejor...

DON BERNARDO.—Esas mejorías, en casos desesperados, son tan frecuentes como fatales, padre. A la excitación tiene que suceder el decaimiento, y el decaimiento es el fin. Cuanto se hiciera sería torturarla sin provecho. El corazón se ha cansado; la naturaleza, vencida por completo, tampoco nos ayuda... sólo un milagro podría... *(Escéptico.)*, y eso de los milagros... ¡Ay, perdón, no me había dado cuenta de que hablaba con un sacerdote!... vaya, voy á continuar mi visita y al acabar volveré por aquí.

CURA.—Que el Señor le acompañe, amigo don Bernardo.

DON BERNARDO.—Hasta luego. *(Vase por el foro.)*

CURA.—¡Dios mío, Dios mío! ¡En qué momento tu divina gracia llama á su lado á esa infeliz pecadora! ¡Y tú, pobre Ramuncho... esta es tu vuelta al país!... *(Entra en la habitación de la derecha, donde se supone la alcoba de Franchita. Hay una pequeña pausa. En el foro se oyen lejanos vivas á Ramuncho, que se acercan cada vez más. Poco después entra Ramuncho vestido de militar como antes. Con él vienen Arrocoa, que trae la ropa que se llevó; Florentino con el*

resto de la misma, é Ichua con la cesta. Con ellos vienen también los hermanos Lasarte y unos cuantos mozos del pueblo.)

ICHUA.—*(Entrando el primero.)* ¡Pasa, pasa, triunfador! ¡Qué manera de jugar! ¡Qué bárbaro... y dispensa!

ARROCOA.—¡Vaya un saque!

FLORENTINO.—¡Qué boleas!... ¿Y el rebote?... Es que no ha perdido uno.

ARROCOA.—¡Bien has jugado, bien!

UNO DE LOS LASARTE. — Derrotas así, más que avergonzarnos nos llenan de alegría. Mi hermano y yo tenemos mucho que aprender de ti, Ramuncho.

RAMUNCHO.—Que se os ha dado la tarde con desgracia; y nada más; pero habéis adelantado mucho.

ICHUA.—*(A Ramuncho.)* Chico, con tu permiso voy á encender, porque en este ojo tengo cansancio y en éste una nube, y como yo antes que llevar gafas prefiero llevar un perro y un cayado, voy á meterle mano al quinqué ese. *(Se dirige á la cómoda y enciende el quinqué.)*

ARROCOA.—¡Qué alegría va á tener tu madre cuando la cuentes todos los detalles y la ovación que te han hecho!

ICHUA.—Debe estar descansando, porque anoche, con la impaciencia de tu llegada, no pegó los ojos.

RAMUNCHO.—Y estoy seguro de que ahora me esperará con igual impaciencia.

ARROCOA.—Querrá saber si has ganado.

FLORENTINO.—Es lo natural.

RAMUNCHO.—Voy, con vuestro permiso... *(Al avanzar hacia la puerta de la derecha, se oyen dentro los sollozos de Pilar. Ramuncho, al escucharlos, se detiene de pronto, y mirando á todos les pregunta.)* ¿Es Pilar, que llora?...

ICHUA.—Sí, parece ella... *(Los demás, presintiendo una desgracia, guardan silencio.)*

RAMUNCHO.—*(Alarmadísimo.)* ¿Será que mi madre...? ¡Madre mía! *(Corre hacia la puerta, y al llegar á ella aparece el señor cura, que le detiene.)*

ESCENA II

Dichos. El señor CURA.

CURA.—*(Apareciendo en la puerta.)* ¡Ramuncho!... ¡Hijo mío!...

RAMUNCHO.—*(Presintiendo la desgracia.)* ¡Señor cura... por piedad... hable usted!... ¿mi madre...?

CURA.—Pronunciando tu nombre ha cerrado sus labios para siempre.

RAMUNCHO.—¡Muerta!...

CURA.—Muerta para este mundo. Allí donde

todo sacrificio tiene su recompensa, vivirá siempre.

RAMUNCHO.— *(Llorando.)* ¡Madre!... ¡Madre mía!...

ICHUA.—*(Acercándose á él seguido de los demás, que se habrán descubierto cuando el Cura anunció la muerte de Franchita.)* ¡Ramuncho!...

ARROCOA.—¡Ramuncho... hermano mío!...

RAMUNCHO.—Dejadme. *(Hace ademán de entrar á la alcoba de su madre.)*

CURA.—¿Dónde vas?

RAMUNCHO.—Quiero verla.

CURA.—Pero...

RAMUNCHO.—No tema usted, señor cura. Soy un hombre y soy fuerte, y aunque este dolor no es comparable á ninguno de los dolores, sabré vencerme. No turbarán mis sollozos el santo silencio de su descanso; mis labios llegarán hasta su frente más suaves que nunca, más quedos que aquellas otras veces que se acercaban temerosos de despertarla.

CURA.—(*Dejándole franca la entrada.*) Pasa. (*Ramuncho entra.*)

ESCENA III

Dichos, menos RAMUNCHO, que volverá á salir al final.

Hay una pausa angustiosa, de dolor. El señor Cura balbucea una oración. Los demás, en actitud respetuosa y con la cabeza baja, guardan silencio.

CURA.—Ya veis qué cerca está la alegría de la pena. Hace pocas horas la llegada de Ramuncho llenó esta casa de felicidad, fué como un rayo de sol que todo lo anima... y ahora... ya veis... la misma luz que le trajo á la pobre madre lo que era su vida, le ha traído también la muerte.

ICHUA.—¡Pobre Franchita!

FLORENTINO.—¡Y pobre Ramuncho!

LASARTE.—Me temo que después de esta desgracia no quiera quedarse en el pueblo.

ICHUA.—Seguramente. América será con él. Como ya no le sujeta en la tierra vasca ningún cariño...

ARROCOA.—¿Quién sabe?

RAMUNCHO.—(*Saliendo con los ojos llenos de lágrimas, con voz apagada por el dolor.*) Arrocoa, ya nada me detiene en el pueblo. Hace poco, sentada mi madre en ese sillón y yo á sus pies, la confesé lo que habíamos pensado, y me ofreció su perdón si llegaba á hacerlo. En cuan-

to cubra su cuerpo la tierra, te necesito. Un convento no es un sepulcro, ni una toma de velo una mortaja.

CURA.—¿Pero cómo? ¿te atreverás...?

RAMUNCHO.—¿A ir por ella?... sin dudar un instante. De todo lo que llenaba mi vida es lo único que me queda. Yo sabré ver, cuando clave mis ojos en los suyos, si aun vive en su alma el recuerdo y el amor de su Ramuncho.

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

La escena representa la parte exterior de la casa de Ramuncho. A la izquierda del actor, la fachada de la casa. Es un edificio modesto, de un solo piso, con tejado de mucho vuelo, como es típico en las provincias vascas. Una puerta practicable en el centro y dos ventanas también practicables á ambos lados. Formando un pequeño patio delante de la casa, dos muros, uno á la izquierda y otro que ocupa todo el foro, cierran la escena. Estos muros tendrán próximamente la altura de un hombre. Un pequeño escalón á lo largo de ambos muros sirve de banco y permite asomarse desde dentro para ver el exterior. En el muro de la izquierda habrá una puerta que sirve de entrada al patio. Dentro de él, algunos tiestos con flores. En la fachada de la casa, una enredadera. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ICHUA, en seguida RAMUNCHO.

Al levantarse el telón, Ichua entra por la puerta que da acceso al patinillo, se dirige

á la de la casa, que estará cerrada, da en ella unos discretos golpecitos y dice con misterio:

ICHUA.—Ramuncho... Ramuncho... *(La puerta se abre y aparece Ramuncho.)*

RAMUNCHO.—*(Con ansiedad.)* Hola, Ichua... ¿qué?...

ICHUA.—Todo dispuesto. Los caballos, el coche *(Indicándose á sí mismo.)*, el cochero...

RAMUNCHO.—*(Con alegría.)* ¿Por fin se decide usted á llevarnos?

ICHUA.—Me ha costado mucho trabajo, pero ¿qué no haría yo por Ramuncho?

RAMUNCHO.—Dios se lo pague.

ICHUA.—¡Hay que ver los razonamientos que me he hecho hasta convencerme! Ichua, me decía, tú eres un contrabandista. ¿Y qué?, me contestaba, un contrabandista no es un asesino ni un bandido. Ichua, volvía á decirme, tú estafas á la Hacienda. ¿Y qué? Para eso arriesgo el pellejo; ¿pero y los que la estafan y encima van en coche? Ichua, continuaba, tú lo has pasao todo, artículos de comer, beber y arder; bisutería, quincallería, pañería... hasta ganadería; pero monjas... monjas no has pasao tú nunca, y ese contrabando de esposas del Señor no debes hacerlo. ¿Pero y Ramuncho?, añadía en el acto, ¿y mi pobre Ramuncho?, que ya no vive más que por Marichu, que es su único anhelo, y que espera mi ayuda, ¿cómo se la niego? ¿Qué hago,

Ichua? ¿Sí ó no? ¿Me dedico al contrabando monástico? ¿No me dedico? A la una, á las dos, á las tres... ¡Decidido! ¡Soy de Ramuncho! Y aquí me tienes, dispuesto á sacar del convento, no digo yo á Marichu, á toda la Comunidad, desde la superiora á la inferiora, ó como le llamen á la última.

RAMUNCHO.—*(Abrazándole.)* Ichua, mi buen amigo, ya veo que por nada del mundo pierde usted su buen humor.

ICHUA.—¡Ah, eso nunca! La alegría es lo último que debemos dejar que nos abandone. La necesitamos como el aire, como la luz, como la sidra... yo por mi parte la cuido bien, no se me vaya á enfadar. Procuro no ir á ningún entierro, y si pudiera excusarme de ir al mío, también lo haría. Cuando veo una lágrima, trato de enjugarla; cuando veo una pena, trato de ahuyentarla; cuando veo un sablista, trato de escurrirme; vamos, que huyo de todo lo que puede enturbiar mi alegría, una alegría que es, como tú sabes, mi padre, mi madre, mi hermano... en fin, toda mi familia.

RAMUNCHO.—¡Dichoso usted!

ICHUA.—Ah, ¿y tú no? ¿Tú, que dentro de unas horas tendrás en tus brazos la mujer que quieres, que pasado mañana os embarcaréis en Santander, y que vais á hacer una travesía divina? ¡Cielo, agua y amor! Os embarcáis en plena luna de miel, y hasta Buenos Aires con luna. ¡Si quieres más todavía!... Y hasta te puedes casar en el

barco, que llevará cura y demás accesorios matrimoniales... á mí es una cosa que me encanta; si yo me vuelvo á casar alguna vez, me caso en la mar.

RAMUNCHO.—¿Pero usted cree que ella consentirá en seguirme?

ICHUA.—A menos que haya cambiao mucho... y aunque haya cambiao... estoy seguro de que en cuanto te vea haces de ella lo que quieras.

RAMUNCHO.—*(Preocupado y escéptico.)* ¡Qué sé yo!... A medida que el momento se aproxima tengo menos esperanzas... Hoy menos que ayer, ayer menos que el día anterior... ¡Volver á verla, llevarla junto á mí y que sea para siempre!... No, no está entre las cosas posibles esa felicidad... Sólo al pensarlo, tiemblo de alegría, pero no puede ser... no querrá seguirme... y entonces para mí se acabó todo en el mundo, y... á usted se lo puedo decir, Ichua... si eso sucede, yo embarcaré solo, pero no llegaré á Buenos Aires... cuando estemos más lejos de tierra me tiro al mar.

ICHUA.—¡No seas besugo, hombre! ¡Parece mentira que se te ocurran esos disparates! ¡Suicidarse! ¡Eso no debe hacerlo ningún hombre que se estime en algo...! ¡Antes la muerte que el suicidio! En fin, vamos á lo importante. ¿Qué tal vas de metálico?

RAMUNCHO.—Bien. Tengo todo lo que he sacado por la venta de la casa y los muebles. Por

cierto que le daré á usted las llaves para que se las entregue á los nuevos propietarios. No se las reclamarán hasta dentro de unos días.

ICHUA.—¿No has hablado con nadie del golpe que preparas?

RAMUNCHO.—Con usted y Arrocoa nada más.

ICHUA.—Muy bien. Así llevas la ventaja de la sorpresa. ¿Los pasaportes?

RAMUNCHO.—En regla. Y los billetes tomados. No me falta más que Marichu.

ICHUA.—La tendrás; si no es de grado será por fuerza. ¿Has visto á Ichua errar un golpe alguna vez? Un convento aislado en el campo, cinco ó seis monjas viejas... te digo que nos la llevamos, sea como sea. Bueno, yo voy á ir enganchando, que el tiempo pasa y hasta Amezqueta tenemos mucho camino. Descansando esta noche en Aranotz, llegaremos al convento mañana á la caída de la tarde, la mejor hora, porque para estos asuntos, como para el contrabando, el sol es un inconveniente... ¿Arrocoa quedó en venir aquí?

RAMUNCHO.—Eso me dijo.

ICHUA.—Pues vé despidiéndote de estos lugares, que yo no tardo en volver ni un cuarto de hora con el coche. Y ¡ya verás qué coche!... ¡El exprés de lujo!... Hasta ahora.

RAMUNCHO.—Adiós, Ichua. *(Vase Ichua por la izquierda.)*

ESCENA II

RAMUNCHO, después FLORENTINO.

RAMUNCHO.—*(Al quedarse solo saca un cigarrillo, lo enciende, trata de fumar y lo arroja á la primera chupada.)* ¡Esta duda!... ¡Esta duda que enciende en mi pecho un fuego de horno que me consume, que me abrasa...! ¡Si Marichu me hubiese olvidado!... ¡Si prefiere sus votos á nuestro cariño!... Ciertamente que queda la fuerza, como dice Ichua... Pero yo no quiero su cuerpo, sino su corazón... y su corazón... ¿sentirá como sentía?...

Al empezar el monólogo se escuchará dentro el chirrido peculiar de las carretas vascas. El ruido se irá aproximando. Después, por la derecha del foro, aparecerá, por detrás de la tapia, un gran montón de retama, que se supone ser la parte superior del cargamento que conduce la carreta de Florentino, que oculta la tapia. También se verá la vara de boyero que maneja Florentino para guiar sus bueyes. La carreta se para al llegar al centro y Florentino se asoma por la parte exterior del muro.

FLORENTINO.—*(Con alegría.)* ¡Ramuncho!

RAMUNCHO.—¡Florentino!... Entra.

FLORENTINO.—No puedo. Vengo con el automóvil, traigo ganao nuevo y no es cosa de dejarle solo.

RAMUNCHO.—No sabes lo que me alegro que se te haya ocurrido asomarte, porque así me puedo despedir de ti.

FLORENTINO.—¿Pero ésverdad que nos dejas?

RAMUNCHO.—*(Con pena.)* Es verdad, Florentino.

FLORENTINO.—¿A las Américas?

RAMUNCHO.—A las Américas.

FLORENTINO.—¿A amasar una fortuna?

RAMUNCHO.—¡Quién sabe!

FLORENTINO.—Mucho dinero se debe hacer por allá, cuando tanta gente de nuestra tierra vasca emigra. ¡Son muchos los hombres que se traga América! Ahora que, por mi parte, ya puede abrir la boca, que yo no me cuelo.

RAMUNCHO.—¿Tú no tienes ambición?

FLORENTINO.—¿Y qué más puedo desear? Asómate y verás. (*Ramuncho se asoma á la tapia.)* ¡Mira qué par de bueyes; no los hay mejores en toda España! En el establo tengo otros dos. La casa que me cobija, no digamos que es un palacio, pero también es nuestra. Mi chico rebosa de salud. Mi mujer me quiere más cada día... ¿Qué más puedo apetecer? Desengáñate, Ramuncho: por mucho dinero que se gane allá, no basta para comprar la felicidad de estar uno en la tierra que le vió nacer, en su casa, con los su-

yos... y aunque ya me figuro que aquel país será más hermoso que el nuestro...

RAMUNCHO.—No, Florentino, te equivocas. Nuestro país es el más hermoso de todos, y de nosotros dos, tú eres el más feliz y el más razonable.

FLORENTINO.—Pues si lo crees así, ¿por qué te vas?

RAMUNCHO.—Porque yo estoy solo en el mundo. Tú has podido casarte con la mujer que has elegido, mientras que yo... ¿olvidas mi triste historia?

FLORENTINO.—¡Ah, es verdad!... ¡Qué bruto soy!... ¡Hablarte como te he hablado!... Perdóname, Ramuncho... no recordaba... no he debido... dispénsame... *(Pausa. Como si quisiera dar otro giro á la conversación.)* ¿Y cuándo te vas?

RAMUNCHO.—Hoy mismo, dentro de poco... esta noche ya no dormiré en el pueblo.

FLORENTINO.—Pues que la fortuna te acompañe, Ramuncho. Si algún día vuelves al pueblo y la necesitaras, mi casa es la tuya, y á buen seguro que si pudiera yo darte esa felicidad que te han quitao, con gusto te la daría.

RAMUNCHO.—*(Cogiéndole la mano.)* Gracias, Florentino, gracias.

FLORENTINO.—Y si ahora puedo servirte en algo...

RAMUNCHO.—No, en nada. Adiós. No te entretengas, que estará tu mujer con cuidado.

FLORENTINO.—Algo se sobresalta cuando ve que tardo, pero luego se lo compensa la alegría que tiene al verme llegar. Conque, buena suerte, no olvides á tus paisanos, y... ya nos veremos, ¿eh?... Más tarde... andando el tiempo... puede que ya seamos viejos, pero espero volvernos á ver. Todos los amigos que han trabajado en América, vuelven tarde ó temprano... Tú harás igual...

RAMUNCHO.—¿Quién sabe? Andando el tiempo... quizá.

FLORENTINO.—*(Emocionado y abrazándole.)* Adiós, Ramuncho.

RAMUNCHO.—*(Idem.)* Adiós, Florentino.

Se dan un largo abrazo. Florentino al separarse se limpia los ojos. Desaparece detrás de la tapia. Se oye de nuevo el chirriar de la carreta que se pone en marcha. Ramuncho le mira marchar apoyado en la tapia. Desaparece la carreta por la izquierda. El ruido que produce se va alejando hasta perderse á lo lejos.

ESCENA III

RAMUNCHO. ARROCOA por la derecha con un envoltorio de ropa debajo del brazo.

RAMUNCHO.—*(Bajando de la tapia, después de limpiarse también los ojos de las lágrimas que*

asoman.) Si me esperase Marichu, yo también sería feliz.

ARROCOA.—*(Entrando.)* Por mí, cuando quieras. He tardao algo más, porque he tenido que esperar que mi madre no estuviera en casa para cargar con esto. *(Mostrando el envoltorio.)*

RAMUNCHO.—¿Y qué es eso?

ARROCOA.—Para otro cualquiera, un vestido corriente de mujer. Para ti, la felicidad.

RAMUNCHO.—¿La felicidad?

ARROCOA.—*(Sacando del envoltorio un vestido de mujer.)* Naturalmente. ¿O es que piensas que mi hermana se embarque vestida de monja?

RAMUNCHO.—*(Con alegría.)* ¡Su vestido!

ARROCOA.—Tú no habías pensao...

RAMUNCHO.—No, lo confieso...

ARROCOA.—Es el más decente que dejó al trasladarse de domicilio. No está muy á la moda, pero puede pasar.

RAMUNCHO.—Gracias, Arrocoa, piensas en todo.

ARROCOA.—A la fuerza, porque tú no piensas en nada.

RAMUNCHO.—Si vieras cómo me anima esa confianza que tienes el triunfo.

ARROCOA.—Porque la debo tener. Porque vi lo que sufrió mi pobre hermana cuando la llevaron casi á rastras al convento de Amezqueta, porque luego he sabido que no se acostumbraba á

estar allí, que la oían llorar todas las noches..., porque sé lo que te quiere.

RAMUNCHO. — *(Con nerviosidad y alegría.)* ¿Verdad que sí?

ARROCOA.—Mucho. Y por eso te ayudo y por eso te dejaré marchar con ella... Porque tengo tanta fe en tu palabra como si fueras ya mi hermano.

RAMUNCHO.—En cuanto á eso no has de arrepentirte. Te lo juro. ¿Y tú crees..., tú insistes en que cuando me vea...?

ARROCOA.—En cuanto te vea, se acabó el convento, y los votos, y todo.

RAMUNCHO.—*(Más nervioso.)* Sí, sí, es verdad..., tienes razón... ¡Y yo, imbécil, que me he estado atormentando con la duda! ¡Cuánto tarda ese Ichua!...

ESCENA IV

Dichos. ICHUA que se asoma por la tapia.

Se escuchan los cascabeles de un coche que sa va aproximando.

ARROCOA.—Ya está ahí. Esos cascabeles son los suyos. Me los sé de memoria.

RAMUNCHO.—*(Suspirando con satisfacción.)* ¡Por fin! *(Se acerca á la puerta de la casa, entra en ella, cierra rápidamente las maderas de las ventanas, y en seguida la puerta por la parte ex-*

terior, quitando la llave.) ¡Adiós, viejas paredes, rincón de mis recuerdos! ¡Por segunda vez me alejo de vosotros, y ahora quizá para no volver á veros más!

ICHUA.—*(Asomando por la tapia.)* Cuando gusten los señoritos. *(A Arrocoa.)* Hombre, ¿á que no sabes á quién me he encontrao por el camino, y sola, como ya hace mucho tiempo que yo la quería encontrar?

ARROCOA.—A mi madre.

ICHUA.—A la misma.

ARROCOA.—Pues ya me figuro lo que la habrá usted dicho... como había usté jurao que el día que se la encontrara sola...

ICHUA.—Sí, pero... mira tú lo que son las cosas... Basta que fuera sola para que no la haya dicho nada. No me ha parecido decente... Si llega á ir con dos ó tres, se la gana.

ARROCOA.—Ya, ¿para qué? Dentro de algunas horas, Ramuncho y mi hermana serán felices.

ICHUA.—Tienes razón. En marcha, Ramuncho.

ARROCOA.—Andando. Y aleja esa tristeza. Piensa que te espera ella.

RAMUNCHO.—Sí, es verdad. Me espera ella.

ICHUA.—Y te espero yo, y te esperan los caballos.

RAMUNCHO. — Vamos. *(Salen Ramuncho y Arrocoa por la derecha.)*

La voz de Ichua fuera.—¡Ria, contrabandista!... ¡Ria carabinero!...

Se oye el chasquido de un látigo y los cascabeles que se van alejando, y cae lentamente el

TELÓN

FIN DEL CUADRO QUINTO

CUADRO SEXTO

El locutorio del convento de Amezqueta.

Sala blanqueada del convento. Sillas de paja, bancos de madera. A la izquierda una puerta abierta que conduce al exterior. A la derecha otra puerta, también abierta, que da acceso á la capilla. Junto á ella, en el suelo, un cántaro grande de barro. En el foro, dos ventanas abiertas, por las cuales se ve el campo. Visillos de muselina blanca guarnecen la mitad inferior de los cristales. Entre las dos ventanas, precisamente en el centro de la sala, una consola, y encima de ella una imagen grande de la Virgen.

Es la caída de la tarde. Al levantarse el telón, la escena está vacía. Marichu, en traje de monja, aparece por la izquierda y atraviesa lentamente la habitación, llevando una brazada de flores blancas. Desaparece por la derecha entrando en la capilla. Apenas ha desaparecido, entran por la izquierda la madre superiora y la hermana Valentina, ambas muy viejas y encorvadas, temblorosas, y de andar vacilante.

ESCENA PRIMERA

La SUPERIORA y la hermana VALENTINA. Después MARICHU, que ahora es llamada MARÍA ANGÉLICA.

Valentina. — *(Continuando una conversación.)* ... y, sin embargo, durante los primeros meses que ha estado aquí, parecía que había encontrado entre nosotras la santa paz de que su alma estaba necesitaba.

La Superiora.—Por mi parte, nunca lo he creído. Siempre la encontré turbada... inquieta... créame usté, hermana Valentina, el mundo retiene todavía á nuestra pobre María Angélica. Roguemos por ella, muy especialmente, todos los días. Más que ninguna de nosotras lo necesita, si ha de salvarse. La he mandado recoger todas las flores del jardín en vista de la tempestad que amenaza. *(Se acerca á una ventana.)* Mire usted, mire usted qué nubarrones... ¡Lo que va á caer esta noche!... Si la Santa Virgen no tuviese mañana en su festividad más que flores marchitas y chafadas, yo sentiría un gran remordimiento. Adornaremos nuestra capilla esta misma noche. El tiempo está tan fresco, que los ramos se conservarán perfectamente hasta mañana. *(Riendo.)* Ahora, que no será usted quien haga los ramos, hermana Valentina, porque me acuerdo de la otra vez...

Valentina.—*(También riendo.)* Lo mal que

salieron... confieso que no entiendo de esos menesteres. ¡Lo que se burló de mí nuestro pobre difunto cura don Leandro cuando los vió! El buen señor, decía: "Los ramos que me manda la hermana Valentina, me recuerdan las más hermosas y redondas coliflores del jardín de mi curato." *(Las dos ríen en tono infantil.)*

La Superiora.—Afortunadamente, tenemos quien se encargue de ese trabajo. Nuestra querida María Angélica, que para combinar y disponer las flores, es una especialidad. ¿Se acuerda usted de aquellos ramos que nos hizo en el mes de Junio con espadañas y flor de lis? Era para arrodillarse de admiración ante ellos. *(En un tono que cambia y se hace serio y profundo.)* Demasiado admirables... ella entiende esas cosas... se ocupa aún en exceso de todo lo que agrada á los ojos... es una vocación que han forzado para su desgracia... ¡Pobre infeliz!

Valentina.—Según parece, estaba en amores con ese joven de Lasarte, ese gran pelotari que marchó á Africa... ¿cómo le llamaban?...

La Superiora.—Ramuncho.

Valentina.—Eso es, Ramuncho.

La Superiora.—Lo peor es que ahora dicen que Ramuncho ha vuelto al país, y desde que lo sabe María Angélica está más preocupada, más distraída... *(Recobrando el tono pueril de sus primeras frases.)* En fin, vamos nosotras á limpiar los floreros y á cambiar el agua. Nos contenta-

remos con esa intervención en el adorno de la capilla. ¿Ha traído usted el agua fresca?

VALENTINA.—*(Mostrando el cántaro.)* En ese cántaro la tiene usted, madre superiora.

LA SUPERIORA.—Muy bien. *(Toma unos floreros que hay en la consola.)* Quitaremos primero el agua sucia. *(Vierte el agua de los floreros por una ventana.)*

VALENTINA.—¡Cuidado, madre!... á ver si los vierte usted sobre la cabeza de algún cristiano.

LA SUPERIORA.—*(Riendo.)* Eso sería imperdonable. La superiora de Amezqueta bautizando á los que pasan debajo de sus ventanas con agua sucia. Afortunadamente no pasa nadie por el camino á estas horas. *(Escuchando.)* Sin embargo... sí... parece que se siente un coche... y en dirección aquí... (*Se oye lejano el ruido de cascabeles que se aproxima.*)

VALENTINA.—*(Mirando por la ventana.)* Claro que sí... es un coche que viene hacia el convento... ¿quién podrá ser, madre?. *(Se oye al carruaje llegar bajo las ventanas, donde se detiene.*)

LA SUPERIORA.—Para algún enfermo sin duda... cualquier medicina que vendrán á buscar. La hermana tornera está abajo. Ella es nuestra farmacéutica en jefe y ella proveerá. Ocupémonos de nuestros floreros, hermana Valentina.

VALENTINA. — (*Sin abandonar la ventana.*) Perdone usted madre, pero tengo curiosidad p

saber quién puede á estas horas... gentes del pueblo no son seguramente... se habrían parado á la entrada de la cerca, porque ahora, ¿como van á poder dar la vuelta al coche esos imprudentes?.

La Superiora.—Toma, pues la darán en el jardín, como ha pasado ya con otros aturdidos semejantes, y saldrán por el portillo de abajo. Ya se les enseñará el camino.

Valentina.—Sí; pero yo tengo curiosidad de saber...

La Superiora.—La curiosidad es un pecado, hermana. Vamos, venga usted á ayudarme. (*Valentina obedece y ambas se ponen á llenar de agua fresca los floreros. La noche va cerrando cada vez más. Se oye llamar á la puerta exterior del convento. Pasos de hombres se aproximan, y Arrocoa aparece en el dintel de la puerta de la izquierda, después de haber llamado en ella con los nudillos, á pesar de hallarse abierta.*)

ESCENA II

Dichas, ARROCOA y RAMUNCHO.

Arrocoa.—Ustedes perdonen... deseo ver á mi hermana, si puede ser. (*Avanza un poco y Ramuncho aparece detrás de él, pero quedando sin entrar, sumido en la sombra del pasillo.*)

La Superiora. — (*Tranquila y bondadosa-*

mente.) ¿Cual de nosotras desea ver, amigo mío? ¿Qué hermana?

ARROCOA.—La mía, mi Marichu, que ustedes llaman aquí María Angélica. *(Marichu, que desde la capilla ha oído las frases de Arrocoa, acude dando un grito de alegría, llevando aún algunas rosas blancas en su mano izquierda.)*

LA SUPERIORA.—Ah, es su hermano, querida Angélica... Entonces sea usted bienvenido en nuestra casa. Entren, entren, buenos amigos... entren os dos, porque veo que hay otro ahí... en el pasillo.... (*Entran los dos. Marichu apercibe á Ramuncho. Las flores se escapan de sus manos. La Superiora á Valentina.*) Llévese usted los floreros y el cántaro, hermana Valentina. Llévese todo, que no se diga que recibimos en este desorden. *(Vase Valentina por la izquierda. La superiora acerca dos sillas.)* Siéntense ustedes. Sentémonos todos. (*La Seperiora y Arrocoa se sientan. Ramuncho sigue en pie. Marichu se deja caer en otra silla al lado de su hermano y permanece con la cabeza baja, sin mirar á los demás. Pausa.*) Pero estamos casi á oscuras aquí..., mañana, 15 de Agosto, y cómo se nota ya lo que acortan los días. (*Levantándose, á Marichu.*) Espere, María Angélica, espere, hija mía, que encienda una lámpara, Así podrá usted ver la cara de su hermano. *(La Superiora sale por la izquierda. Arrocoa se levanta, da un paso hacia Ramuncho y se detiene. Ramuncho, dando vueltas á la boi-*

na entre sus manos mira la imagen de la Virgen. Marichu sigue sentada en la misma actitud de aplanamiento. No se cruza una sola palabra entre ellos. Después de otra pausa solemne, la Superiora entra con una pequeña lámpara que cuelga en un clavo del muro.)

LA SUPERIORA.—*(Mirando á Ramuncho.)* ¿Y éste?... ¿será otro hermano? Me figuro...

ARROCOA.—No, es un amigo mío, nada más.

LA SUPERIORA.—¿Pero por qué se han levantado? Vamos, siéntense. El hermano al lado de la hermana. *(Hace sentar á Arrocoa junto á Marichu y á Ramuncho enfrente.)* Y hablen, hijos míos, de asuntos del país, de cosas de... ¿No se atreven? ¿Es que les embaraza mi presencia?... Vaya *(Levantándose.)* los dejaremos solos un ratito, así estarán más libres para contarse lo que se tengan que contar. *(Designando á Ramuncho.)* Yo me llevo á este buen mozo á dar una vuelta por el jardín, y aunque veo que es bastante reservado, ya me las arreglaré yo para hacerle hablar, porque á charlatana no me gana nadie.

ARROCOA.—No, le suplico á usted que mi amigo no se vaya... no es él quien ha de impedirnos...

LA SUPERIORA.—Entonces hablen los dos con ella, porque supongo que á eso habrán venido. Estarán ustedes cansados...; apuesto á que tienen sed y no se atreven á decirlo, ¿eh? *(A Marichu.)*

Venga usted conmigo, hermana María Angélica, vamos á servirles un modesto refresco: segura estoy que después de tomarle se volverán más parlanchines. Ande, hermana. *(Marichu se levanta. La Superiora, siempre con su tono alegre, dice á los dos contrabandistas:)* No esperen ningún festín, se lo prevengo. Ya pueden figurarse... un refresco en casa de las pobres Hermanas... *(A Marichu.)* Vamos á prepararlo, María Angélica. *(Marichu sale lentamente por la izquierda siguiendo á la Superiora.)*

ESCENA III

RAMUNCHO y ARROCOA.

ARROCOA.—*(Con impaciencia, aproximándose á Ramuncho.)* Cuando nos ha dejao solos, ¿por qué no la has dicho lo que tenías que decirla?

RAMUNCHO.—¿Acaso sé yo mismo por qué no se lo dije?

ARROCOA.—*(Brusco.)* Yo si lo sé. Tú tienes miedo.

RAMUNCHO.—*(También bruscamente.)* Puede ser... ¿y aunque así sea?...

ARROCOA.—No lo comprendo; ¿miedo de qué?

RAMUNCHO.—De lo mismo que á ti te hace

tenerlo. No te hagas el valiente. Aquí no eres más bravo que yo.

ARROCOA.—Bah, ¡qué tontería!... Pero si tú no la dices nada... entonces, ¿qué?

RAMUNCHO.—Yo diré lo que sea necesario. Lo que he resuelto lo haré. Eso es asunto mío.

ARROCOA.—Tuyo... y mío también, porque después de todo, para algo me he molestao, y por algo hace cuatro meses que nos estás volviendo locos á mí y á Ichua. Y luego, que á mí no me acomoda que á mi hermana la tengan prisionera estas viejas inocentes... no, de ningún modo... *(Con más dulzura.)* Escucha, hermano... ¿quieres que yo me encargue...

RAMUNCHO.—No; te lo prohibo. Es un asunto exclusivamente mío. Te lo acabo de decir.

ARROCOA.—Bueno, bueno..., ahora, que si no hablas...

RAMUNCHO.—¡Déjame, Arrocoa, te lo ruego... déjame!... no puedes comprender lo que pasa por mí en este momento...

ESCENA IV

Dichos. MARICHU, la MADRE SUPERIORA, la HERMANA VALENTINA.

Las religiosas entran por la puerta de la izquierda. Entre Marichu y la hermana Valentina llevan una mesa pequeña de pino blanco. Valentina trae también una botella de si-

dra. La superiora trae dos platos, que contienen un trozo de queso de cabra y algunos higos. Los coloca sobre la mesa en unión de un cuchillo y dos vasos.

ARROCOA.—*(En voz baja.)* Ahora el refresco... ¡para refresquitos estamos! *(Sacando el reloj y consultando la hora.)* Y las horas corren...

LA SUPERIORA.—*(Descorchando la botella de sidra y llenando los vasos.)* Vamos á ver qué les parece esta sidra. Es una cosa especial. Sin alabarme, creo que en todo el país no encontrarán ustedes nada parecido... Es un obsequio de nuestro buen vicario, que para caso de enfermedad de alguna de nosotras nos envía todos los años un cesto de botellas. En cuanto al queso, ya verán, ya verán... Vamos, á probarlo, señores viajeros. *(Ellos titubean.)*

RAMUNCHO.—*(A media voz.)* No, madre..., muchas gracias...

LA SUPERIORA.—No hay gracias que valgan, ni madre que valga..., hay que tomarlo..., sería un desaire... vamos. *(Les hace sentarse uno frente á otro.)* Estoy deseando que se desaten esas lenguas..., porque, la verdad, yo no he visto en mi vidaunos hombres más tímidos que ustedes. *(Corta un trozo de pan. A Marichu.)* Sírvales usted, hermana Angélica, porque ellos no se atreverán. *(Marichu les sirve un poco de queso.)* Al cochero ya le hemos mandado..., y ahora que caigo, hay que pensar en los caballos, porque aunque no sean cristianos, tienen que comer. Ya les ce-

derá nuestro burro Tonino un poco de su avena.

ARROCOA.—No, gracias; venimos de la posada. Tienen en la barriga lo necesario para trotar toda la noche y á buen paso.

LA SUPERIORA.—¿Toda la noche? ¿Pero es que piensan ustedes marchar con la noche que se prepara? Eso no tiene sentido común. *(Mostrando las nubes que se divisan por las ventanas.)* ¿Ustedes saben lo que va á caer? En la posada hay buenas camas y muy limpias... y en casa del señor cura, también. Precisamente el señor cura es de Lasarte. *(A Marichu.)* ¿Recuerda usted que el otro día nos dijo que se había educado con su hermano? Tendrá una inmensa alegría en verle y le dará hospedaje..., y á su amigo también, naturalmente.

ARROCOA.—*(Mirando de nuevo el reloj y haciendo un signo de impaciencia á Ramuncho.)* No, gracias... nos esperan... y justamente es la hora...

LA SUPERIORA.—¿Cómo la hora? ¡Y no han cambiado ustedes tres palabras con nuestra querida María Angélica!... Ella que estaba diciendo siempre, ¿no vendrá á verme mi hermano? Con tantas cosas como tenía que preguntarle acerca de su madre y de todos sus amigos... *(A Marichu.)* ¡Pero, hija mía, usted también se ha quedado muda!..., pues con nosotras no es tan reservada. *(Ofreciendo á los hombres los vasos de sidra.)* Vamos, beban ustedes. *(Ellos beben.)*

Durante el diálogo que sigue, la Superiora

hablando aparte con la hermana Valentina, empieza á observar á los dos hombres con inqiuetud visible. Ellos apenas comen. Marichu está en pie, inmóvil como una estatua, con una mano apoyada en el hombro de su hermano, enfrente de Ramuncho.

MARICHU.—*(A Arrocoa, con la voz de una muerta que hablase.)* ¿Y nuestra madre?... ¿siempre sola en casa?... esto me inquieta... sobre todo de noche...

ARROCOA.—No. La acompaña Catalina, que duerme en casa. De todos modos muy aislada vive, y yo creo que está bien arrepentida de lo que ha hecho contigo. Por de contao que la primera castigada es ella, que acabará sus días como una pobre vieja solitaria... y por su culpa.

MARICHU. — (*Después de una pausa corta, designando á Ramuncho.*) ¿Y él?... ¿ha vuelto para establecerse en el país?... ¿trabajáis juntos como antes?

RAMUNCHO.—(*Con voz lenta y sombría, recalcando cada palabra y mirando por primera vez á Marichu, fracamente.*) No. Yo me embarco mañana en Santander con dirección á América.

MARICHU.—Ah, sí... el tío Ignacio... yo había siempre pensado que... usted... (*La voz muere. Pausa.*)

LA SUPERIORA. — (*Aproximándose con un poco de brusquedad.*) Bueno, ¿y es esa toda la

conversación? ¿Es todo lo que tienen que decirse hermano y hermana después de un año que no se han visto? No. Esto no es natural. Venir desde un pueblo tan lejano para estarse callados y mirarse con ese aspecto sombrío, cambiando señas misteriosas... y como no es natural, y como ustedes no hablan, voy á ser yo quien hable, y muy claro *(A Valentina.)* Hermana Valentina. Déjenos usted un instante, se lo ruego. Tengo necesidad de entenderme particularmente con estos dos buenos mozos, que no comen y hablan menos todavía. Vaya usted, hermana. *(Valentina vase por la izquierda.)*

ESCENA V

MARICHU, la SUPERIORA, RAMUNCHO y ARROCOA.

LA SUPERIORA.—*(Bruscamente.)* Ahora, sin rodeos. Usted *(A Arrocoa.)*, segura estoy de que es su hermano, porque tiene usted los mismos ojos que María Angélica. Pero usted *(A Ramuncho.)*, hijo mío... ¡usted, se llama Ramuncho!... ¿Es que me equivoco?... Dígame usted, que no se llama así.

RAMUNCHO.—*(Amargamente.)* Sí, madre. Soy Ramuncho.

LA SUPERIORA.—*(Con dulce severidad.)* Entonces, hijo mío, ¿por qué está usted aquí?

RAMUNCHO.—*(Rebelándose contra el emboza-*

do reproche.) ¿Es un gran crimen después de todo que haya venido? Ella era mi prometida, y ya veo que usted lo sabía, puesto que ha adivinado mi nombre. No me queda nada en el mundo. Sin ella, ya no tengo valor, ni esperanza, ni nada. *(A Marichu, que permanece inmóvil, como petrificada.)* Desde que eramos niños, ¿no me habías dado tu palabra de ser mi mujer? Dilo tú, Marichu... dilo tú.

La Superiora.—*(Interponiéndose entre ellos.)* Aquí no existe Marichu, hijo mío. Cuando se dirija usted á ella, llámela hermana, como á mí me llama usted, madre. Marichu ha muerto.

Ramuncho.—Sí, ya lo veo... ha muerto... está ahí, delante de mis ojos, pero no es ella... con esa cara pálida y esa mirada tranquila que no me reconoce. *(Arrocoa se levanta, consulta otra vez su reloj y mirando á Ramuncho, intencionadamente, pasea impaciente por la escena.)* Ustedes no pueden comprender... son ustedes religiosas... pobres ancianas, muy buenas, claro está, pero que nunca han sufrido, que acaso nunca han amado, que nada sienten... Muertas, como usted dice... en esta santa casa, sólo se habla con muertas... Ustedes no son malas, pero lo veo... en ninguna encontraré piedad. *(Se deja caer sobre una silla, apoya los codos en la mesa y oculta la cabeza entre las manos. Marichu reza en voz baja, recorriendo las cuentas de su rosario.)*

Arrocoa.—*(Acercándose á él.)* Vamos, Ra-

muncho, por lo menos pórtate como un hombre. Puesto que te faltó el valor y has errado el golpe, levántate y vámonos.

La Superiora.—*(Acercándose á Ramuncho y poniendo una mano sobre su hombro.)* ¿Qué nunca hemos sufrido dice usted, pobre loco?... ¿y usted cree eso?... Esta anciana que le habla, antes de haber encontrado la paz en el Señor... ¡si usted supiera!... poco á poco los años han vencido, el mes pasado hice ochenta... pero recuerdo aún... soy una pobre vieja, muerta, sí, pero conservo un corazón que comprende las penas, aunque sean de jóvenes como ustedes.

Ramuncho.—*(Cogiéndola las manos con una exaltación desesperada.)* ¿Es que tuvieron derecho, dígamelo usted que es buena, tuvieron derecho para arrancármela como lo hicieron? Yo no he cometido crímenes para merecer tanta desgracia, tanto abandono.

La Superiora.—Hijo mío, si yo hubiera estado entre ustedes cuando se la arrancaron, empleo sus mismas frases, me habría opuesto, ciertamente, porque hay sacrificios que el Señor no pide si exceden á las fuerzas humanas. Pero cuando me la trajeron, ella había ya pronunciado el juramento que desliga de todos los demás, y que lo acaba todo sobre la tierra.

Arrocoa.—*(Impaciente.)* Vamos, decídete. Es tarde, y ahora ¿de qué sirve la conversación? El tren no espera, ni el barco esperará tam-

poco. ¿Qué hacemos aquí como dos papanatas?

RAMUNCHO.—(*Se ha levantado para marchar, pero se detiene dudando. Una pausa.*) Antes de salir de aquí quisiera la bendición de usted, madre... (*Mirando á Marichu.*) y también la suya... ¿Negará usted ese favor al que no volverá á ver nunca?

LA SUPERIORA.—Mi bendición, hijo mío, es poca cosa... bien poco vale... Ciertamente que he de dársela con todo mi corazón... y ella también. Pero pídala mejor á aquella que otorga los consuelos en la vida. Prostérnese usted ante esa santa imagen, y entonces nosotras uniremos nuestras manos por encima de su frente para implorar gracia. (*Llevándole ante la Virgen.*) Vamos, hijo, arrodíllese.

RAMUNCHO.—(*A punto de arrodillarse, se endereza de pronto y retrocede.*) No, no... prefiero marchar sin obtener ni aun eso de ustedes... Sería robarles sus plegarias... guárdenlas... Porque no lo he dicho todo: yo había venido con la cabeza llena de malos pensamientos. (*Exaltándose mucho.*) ¡Yo había venido para robarla, madre... para llevármela incluso á la fuerza... sépalo usted!

LA SUPERIORA.—Proyectos de niño, que Dios perdonará seguramente.

RAMUNCHO.—(*Cada vez más exaltado.*) ¡Proyectos de niño!... ¡Oh, no, proyectos de hombre, y bien premeditados, bien decididos! Desde hace seis meses yo no he tenido otro pensamiento, no

he vivido sino para buscar los medios de robarla... Y todo estaba tan bien previsto, que en el coche que abajo nos espera hay un traje suyo que había de vestir al dejar esos hábitos. (*Saca un papel del bolsillo.*) Y aquí está su pasaje retenido con el mío, para el barco que había de conducirnos á Buenos Aires. (*Tiende el pápel á Marichu, que sigue inmóvil. Tan sólo sus labios se mueven marcando una silenciosa plegaria.*) Miralo... lee... ¿no dice ahí María Detcharri? (*Rompe el papel en mil pedazos, que arroja delante de la imagen de la Virgen. A la Superiora.*) Una vez en América, ¿quién habría sabido que se fugó de este convento? Nos habríamos casado, como los demás que son libres, y que tienen el derecho de vivir. Yo tengo algún dinero ahorrado por ella y para ella..., hubiese trabajado lleno de entusiasmo, sostenido por la felicidad... ¿Me habría seguido voluntariamente?... Ahora que la miro no lo sé. Me la han cambiado bajo ese velo... sí, me sentí perdido desde que entré en esta casa... es ya casi una muerta, como ustedes confiesan que son todas, y ella tampoco sufrirá... ó sufrirá tan poco... (*A Marichu.*) Pero no te deseo ningún mal, no pido que tu martirio sea igual al mío... al contrario, me alegra que no sufras, porque te perdono. (*A la Superiora.*) Ya ve usted, madre, ya ve á qué hombre iba usted á bendecir. Vale más que me vaya como un maldito, no importa, puesto que es para marchar

allá lejos, solo, muy solo, á morirme de pena.

La Superiora.—(*Infinitamente bondadosa y dulce.*) Usted hizo ese proyecto, hijo mío, pero ya ve que no lo habría realizado. Se forman fácilmente los malos pensamientos, pero después despierta la conciencia cuando se es leal, como veo que usted es. Por los atormentados como usted murió Jesús en la cruz, y ruega la Virgen. La Virgen, que le espera para bendecirle, nuestra santa Madre de los Dolores que nos oye hablar, que está aquí en todas partes, que llena esta humilde casa... Ella nos protege contra los demás y contra nosotros mismos, ella es quien le tocó á usted con su mano al pasar el dintel de nuestra puerta. (*Trata de conducir hacia la Virgen á Ramuncho, que resiste aún y vuelve la cabeza.*) Venga, hijo mío, ella le llama, ella le espera, ella le ordena dulcemente obedecer· (*Ramuncho está á punto de ceder. Ella continúa con emoción profunda.*) Vamos, querido hijo... (*Ramuncho cede y cae de rodillas delante de la Virgen, sollozando desconsoladamente. La Superiora se acerca á Marichu, la conduce junto á Ramuncho, y poniendo una mano sobre su cabeza reza de este modo.*) "Santa Virgen María, perdónale, ten piedad de él, y que tu bendición le acompañe en su largo viaje, te lo pedimos en nombre de Jesucristo nuestro salvador. (*Fuera se escucha una campana que toca el Angelus. La Superiora toma la mano de Marichu y la coloca en la frente de*

Ramuncho. A Marichu.) Usted, hermana María Angélica, repita ante la Virgen lo que acabo de decir.

MARICHU.—(*Con una voz blanca y sin inflexiones, arrodillada y puesta la mano sobre la frente de Ramuncho.*) «Santa Vírgen María, que tu bendición le acompañe en su largo viaje, te lo pedimos en nombre de Jesucristo nuestro salvador.» (*Ramuncho besa desesperadamente la parte baja del velo de Marichu, después se levanta bruscamente y se aleja de ella. Sigue sonando el Angelus.*)

LA SUPERIORA.--(*Tomando poco á poco su tono familiar de monja vieja.*) Vamos, hijo mío, marche usted ya, puesto que su amigo dice que es la hora. Siga usted su destino. Aquí, cada día, todas nosotras rogaremos por usted. Enjugue esos ojos, y usted, María Angélica, levántese y levante la cabeza. El Angelus suena y oigo á nuestras hermanas que suben para el rosario. Que no les vean á ustedes así... hay entre ellas algunas jóvenes y no conviene turbar su ánimo...

MARICHU. — (*Levantando la cabeza.*) Bien, madre.

ESCENA VI

Dichos, la hermana VALENTINA. Cinco monjas más, de las cuales dos son jóvenes como MARICHU. Las hermanas entran porque es la hora habitual de rezar el rosario. Al ver á los dos hombres se detienen indecisas.

LA SUPERIORA.—(*Recobrando ante ellas el tono alegre y pueril que tuvo al principio.*) Ah, y

ahora que caigo... es preciso que una de nosotras enseñe el paso por el jardín para que estos señores puedan dar la vuelta al coche. Vamos á ver... una de las hermanas... una joven que tenga buena vista, porque la noche está tan negra... Usted misma, hermana María Angélica... baje usted con ellos á enseñarles... será un momento más que usted pasará con sus hermanos... los vé usted con tan poca frecuencia...

MARICHU.—(*Aparte á la superiora en voz vaja y con terror.*) Madre, por piedad... si yo bajo esa escalera con ellos estoy perdida... se lo aseguro... ¡perdida!

LA SUPERIÓRA.—(*También en voz baia á Marichu, y hablando como una santa iluminada.*) Vaya de todos modos, hija mía. Si lo he mandado es porque así lo quiero. Acepte ustéd hasta el fin la prueba... su corona será más bella allá en el cielo. (*Recobrando el tono tranquilo y en alta voz.*) Cerrará usted bien la verja cuando hayan salido... apoyando la mano á la izquierda, ya sabe usted. Y vuelva pronto, que la esperamos para empezar el rosario. (*Entrega á Marichu una llave grande que desprende del llavero que lleva en la cintura. Marichu se dirige hacia la puerta de la izquierda. A los dos hombres.*) Sigan á nuestra hermana María Angélica, hijos míos, y que la paz del Señor sea con ustedes.

(*Los dos hombres salen lenta y sombríamente detrás de Marichu por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII

Las religiosas solas.

Después que han salido, la superiora inicia un movimiento repentino hacia la puerta, como para retenerlos, pero se repone y vuelve sobre sus pasos.

La Superiora.—*(A sí misma.)* No..., mejor es así. Que el Señor decida y su voluntad se haga. *(A las religiosas, con una exaltación súbita.)* ¡De rodillas, hijas mías, de rodillas todas! Antes del rosario, roguemos ardientemente por una de nuestras hermanas! Yo quería ocultároslo, pero tengo demasiada necesidad de vuestras oraciones. Siento miedo de haber procedido como una pobre vieja atolondrada que no se encuentra bien de la cabeza... Roguemos como nunca hemos rogado por una de nuestras hermanas que tiene el alma en peligro de muerte.

Durante las últimas frases se ha oído abajo rechinar una verja que se abre y se vuelve á cerrar, y el chasquido de un látigo.

Valentina.—*(Dirigiéndose hacia la puerta.)* ¡En peligro de muerte!...

Otra monja.—*(Avanzando en igual dirección.)* María Angélica, sin duda...

La Superiora.—*(Deteniéndolas con autoridad.)* Quédense... no se muevan... Déjenla y recen. Los momentos están contados. Todas de rodillas.

Todas caen de rodillas ante la Virgen. Una

pausa corta. Se escuchan abajo nuevos chasquidos del látigo y ruido de cascabeles que se aleja. Entonces la Superiora levanta sus manos hacia la Virgen en un paroxismo de plegaria. Algunos segundos de espera.

ESCENA VIII Y ULTIMA

Dichos. MARICHU.

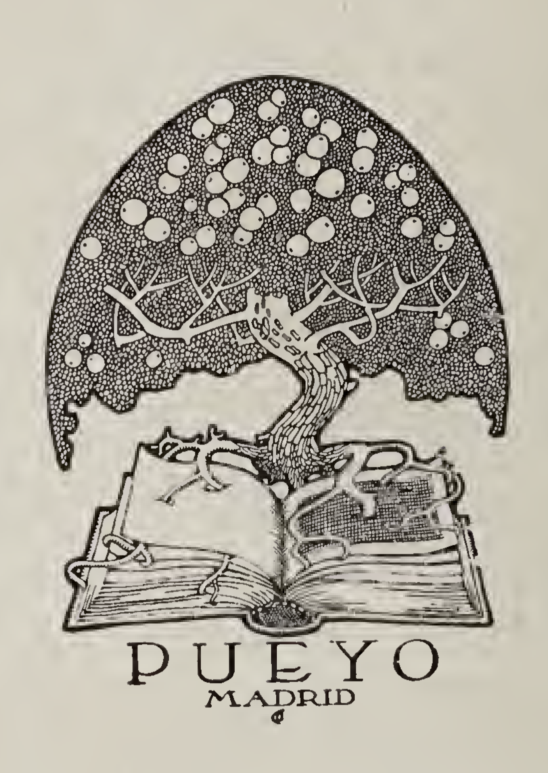
Marichu entra corriendo por la izquierda, con los brazos en alto, con la fiebre y el éxtasis de los antiguos mártires que en medio de las arenas corrían hacia las fieras.

MARICHU.—¡Aquí estoy Reina del Cielo, aquí estoy, Santa Madre de los Angeles! *(Corre hacia la Virgen, sin ver á la Superiora, que la tiende los brazos.)* ¡Virgen de los Dolores, mírame á tus pies... socorre á tu esclava!

La plegaria acaba en un grito de angustia. Marichu vacila y viene á caer pesadamente al pie de la imagen. Se oye aún á lo lejos el chasquido del látigo y los cascabeles del coche que se va.)

FIN DE LA COMEDIA





Imp. Juan Pueyo.—Madrid.